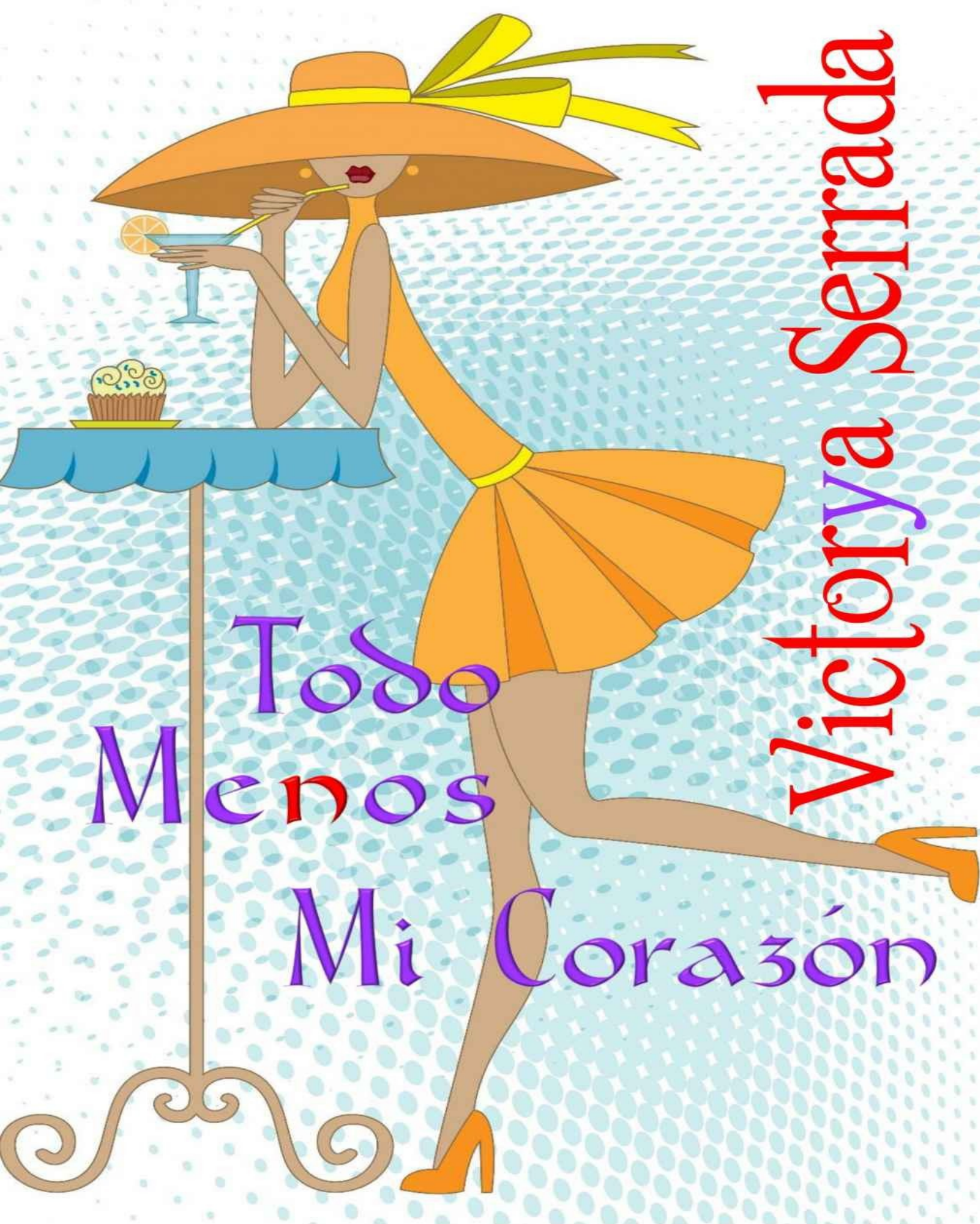




Todo
Menos
Mi Corazón

Victorya Serrada

TODO, MENOS MI CORAZÓN

©Victorya Serrada, mayo, 2024

©Todos los derechos reservados

Foto de portada by Shutterstock

Artista: Oksvik

Diseño de Portada: Wolfgang Milwokee

Queda prohibido reproducir total o parcialmente por cualquier medio analógico o digital el contenido de este libro, sin el permiso de la autora.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente inventados.

Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

SINOPSIS

Hace muchos años que los Montenegro y los Conti se llevan como el perro y el gato, vamos ¡que se odian a muerte! Daniela Montenegro, pintora y restauradora, sin embargo, está locamente enamorada de Carlo Conti, marchante de arte. El caso es que a Carlo no le disgusta su maravillosa Daniela, pero... ¡Uf! ¡Quiere más a sus oscuros y secretos negocios! Así que manipula y seduce a la Montenegro para que le ayude a descubrir un maravilloso tesoro oculto por los nazis al sur de Polonia en una mina abandonada. Con lo que no contaba Carlo es con que un hombre de su familia, desaparecido hace más de veinte años, viniera a fastidiarle la fiesta y a «levantarle la novia». ¿Lo conseguirá? Por si esto fuera poco, Margarita Montenegro, la tía de Daniela, es igual de caprichosa que Carlo Conti y si puede arrebatarse su tesoro, lo va a hacer, de eso no le cabe la menor duda... ¿Quién ganará esta nueva batalla de amor y ambición entre los Montenegro y los Conti? Descúbrelo en «Todo, menos mi corazón».

ÍNDICE

SINOPSIS

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO UNO

EL HÁBITO NO HACE AL MONJE, ¿O SÍ?

Llevaba un par de años viviendo en aquella pequeña ciudad. Todos los fines de semana acudía a la iglesia que estaba al lado de su casa. A contemplar. Pero no era una contemplación como aquella que dicen alcanzar unos pocos creyentes. Esa que centra la mente en Dios y es consciente de la divinidad. Sus ojos, su mente y su corazón se concentraban en aquella obra de arte que dentro de poco pasaría a formar parte del catálogo de uno de los hombres más peligrosos del país.

Era un gran coleccionista de obras de arte. También era un criminal. Como tantos otros para los que trabajaba. Esta noche llevaría a cabo el trabajo.

Su oficio requería de mucho tiempo, esfuerzo y dedicación. Trabajaba solo. Le gustaba lo que hacía.

Una pena que aquello a lo que se dedicara en cuerpo y alma estuviera penado con años de cárcel.

Bien, ya había decidido el día y la hora. Lo tenía todo calculado al milímetro.

Una vez terminado el oficio, se persignó y se marchó como si tal cosa...

Margarita, tenía un olfato exquisito para cazar a chicos extraviados. Y ese que vigilaba le venía mosqueando desde hacía seis meses. Cuando salió de la iglesia se lo comentaría a su nieta.

Porque Daniela era su niña favorita. Era una chica muy lista, restauradora de arte. Tampoco tenía otra...

Y esta noche llegaría a la ciudad a pasar una temporada.

Era un poco *friki*, pero tenía unas manos de lujo. Por eso vendría no sabía si con su equipo, pero a recuperar la obra maestra que se mostraba en el Oratorio de San Francisco... Allí en su ciudad pequeñita, pero maravillosa, a orillas del mar.

Se levantó sin dificultad, de un salto, se dirigió a la entrada. Le estaba esperando su chófer, Basilio.

—Señora, ¿todo bien? —Basilio le abrió la puerta del antiguo Mercedes y ayudó a su jefa a subirse.

—De maravilla.

—Me alegro mucho, señora... ¿A casa? —preguntó Basilio, ya sentado detrás del volante. Arrancó y se dirigió al domicilio de Margarita. Como siempre a velocidad de crucero o lo que era lo mismo, a no menos de ciento cincuenta kilómetros por hora. A su señora le gustaba que volara por la carretera. Sabía que era un peligro, pero él había sido piloto de «Fórmula 3000» en su juventud, y conducía como Dios.

—¡A casa, Basilio! Daniela está a punto de venir. No ha querido que vayamos a buscarla a la estación.

—No se preocupe, señora. Ya está todo preparado como usted indicó.

—Muy bien. Hoy cenaremos pronto.

—La cocinera tiene preparado el plato favorito de su nieta.

—Tendré que decirle que se dé prisa en cenar. Hoy será el día, Basilio.

—¿Ya lo tiene confirmado? —El conductor miró a través del retrovisor, mientras hablaba con su jefa.

—No tengo pruebas, pero tampoco dudas. Sube el volumen, por favor. Creo que me estoy quedando un poco «sorda».

—Con mucho gusto, señora. —Basilio giró hacia la derecha el potenciómetro y Brian Johnson de AC/DC apareció rugiendo «*Highway to hell*»—. ¿Bajo las ventanillas, señora?

—Como siempre, Basilio. Sabes que llevo puesta una tonelada de laca y no se me moverá ni un pelo.

Margarita seguía el ritmo con los pies enfundados en unas deportivas, mientras que Basilio cantaba imitando a Brian.

Y lo hacía de puta madre.

Llevaba una temporada muy aburrida. No era una mujer mayor, en absoluto. Digamos que era madurita y algo excéntrica. Tenía el alma joven, pero debía guardar las apariencias dentro de la comunidad en la que vivía.

Aquellos miserables sacaban punta a todo... Esperaba que todo esto terminara pronto.

—¡Pisa a fondo, Basilio!

CAPÍTULO DOS

DANIELA Y SU NUEVO PROYECTO

—¿Te gusta, Dani?

—¡Uf! Si me comiera otra ración, explotaría. Pero, sí. —Margarita se levantó y añadió en otro plato un poco más de lasaña.

—Cuando termines, tenemos que hablar de un asunto.

—Yaya estoy muerta del cansancio por el viaje, ¿qué tal te viene mañana?

—Te espero en la terraza, no tardes. —Daniela no podía contravenir las órdenes de la *nonna*. La adoraba, pero tenía muy malas pulgas. Así que se terminó a toda prisa la lasaña. Bebió la copa de vino, se limpió la boca con la servilleta de hilo y se dirigió al jardín.

Se sentó en una tumbona y aspiró el aroma del jazmín. Era exquisito.

—Esta noche vendrás conmigo a la iglesia.

—¿Perdona? Sabes que soy una pecadora irredenta además son las... —miró su móvil—. diez y media de la noche, y te recuerdo que esos lugares tienen unos horarios muy estrictos...

—No vamos a escuchar misa.

—Perfecto, entonces si me perdonas me voy a la cama. —Daniela hizo ademán de levantarse, pero la *nonna* alzó la mano. Estaba tumbada en la hamaca de al lado.

—¡Vaaaleee! ¡A ver! ¡Cuéntame!

—Desde hace un tiempo vengo observando a un tipo que pretende meter las zarpas en mis dominios.

—¿Quién? —Daniela se incorporó. Sonrió. Aquello se estaba poniendo interesante.

—Da igual. El caso es que le veo demasiado torpe como para intentarlo siquiera. Un chiquillo al que le han dado esperanza de algo intangible y se quedará por el camino...

—¡Ja, ja, ja! No me jodas... ¿Es lo que estoy pensando?

—¡Ajá! Ha sido todo un milagro que vinieras hoy para ayudarme.

—¡Yaya, los milagros no existen! Y anda que no me has metido prisa para que adelantara el viaje. Ya sabía yo que...

—No sabías —interrumpió, Margarita.

—¿Entonces?

—Entonces, vístete. Unas mallas negras, camiseta negra también...

—¿Me tengo que poner un pasamontañas? ¡Hace mucho calor! —protestó Daniela.

—Yo no puedo, sabes que me gusta ir repeinada y el pasamontañas me va a dejar el pelo hecho un desastre.

—Dame por lo menos un titular para que sepa a lo que me enfrento. Ese tipo de trabajos me ponen de los nervios, así que...

—«La Sagrada Familia». —Daniela se quedó de piedra. No había venido el equipo de la *uni*, y precisamente tendría que aplazar un poco lo de dejar como nuevo el cuadro de la iglesia donde oía misa la yaya.

—¿Cómo se atreve?

—Tiene que estar tieso, porque no lo entiendo. —Margarita se levantó de la hamaca. Miró su reloj Cartier de muñeca. Eran las once menos cuarto.

—Y además ser gilipollas, porque no sabe dónde se está metiendo. —Daniela se dirigió a su habitación.

—No tardes. Basilio nos espera en el coche.

—Yaya, ¿no puedes prescindir de él? Esta misión es un poco delicada.
—Sabes que es mi hombre de confianza.
—Y que te lo follas desde hace veinte años. Pero...
—¡Eres una maleducada! ¡Yo no hurgo en tu vida personal, así que por la cuenta que te trae, más te vale que no te metas donde no te llaman!
—¡Yaya, por favor! Que mucho «señora», mucho de «usted», pero es lo que es...
—Te espero en el coche. No tardes.

CAPÍTULO TRES

EL ROBO

La iglesia se encontraba sumergida en la oscuridad de la noche, las sombras alargadas se entrelazaban como tentáculos en la penumbra. El olor a cera quemada flotaba en el aire impregnando los rincones, mientras que el moho y la humedad se filtraban desde los muros, llenando el ambiente. El silencio era tan denso, que hacía daño en los oídos.

Margarita y Daniela estaban escondidas en uno de los rincones más oscuros de la iglesia. Esperando a que viniera el hombre.

En ese momento escucharon un ruido, un crujir de las tablas del suelo que les indicaba que el sujeto en cuestión había entrado. El hombre sacó una linterna de mil quinientos lúmenes para iluminar el cuadro y asegurarse de que era el que le habían encargado robar.

Ahora se estaba cagando de miedo. Quizás tendría que haber esperado algo más. «Pongamos que medio año más», pensó. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón vaquero y sacó una navaja.

Quiso animarse, «Soy un tío listo, a fin de cuentas, me lo han encargado a mí y a nadie más».

Había pensado en usar la navaja. Una de Albacete, bien afilada, con apertura de una mano, para hincarla en la tela.

Cogió la escalera que había dejado bajo el altar. Se subió. Y lo hizo. Pinchó el lienzo. El cuadro pareció quejarse.

—¡Ay, Dios! ¡Qué tío más patético! —susurró Daniela en el oído de la yaya.

—¡Qué desastre! Pero, ¡será *toooooorpeeee*! —confirmó Margarita. Las dos seguían apostadas en el rincón, pero con unas ganas tremendas de salir y cantarle al manazas, las cuarenta.

Al hombre le habían dicho que cortara el lienzo lo más aproximado que le fuera posible al marco. Pero le temblaban tanto las manos, que cambió la navaja por unas tijeras largas de oficina. Introdujo una de las hojas de la tijera y comenzó a cortar con una precisión que daba puto asco. Los movimientos manuales eran tan desordenados y erráticos que dejó un rastro de cortes desiguales en la tela mientras luchaba por controlar los nervios.

Con cada tajo, el lienzo se desgarraba de forma caótica, convirtiendo la tela en un desastre con cortes torcidos, pedazos rajados... La tela parecía haber perdido la batalla contra una manada de gatos furiosos.

Finalmente logró despegar el lienzo, y lo enrolló a toda prisa.

Cuando bajó de la escalera de mano, corrió todo lo que le daban de sí las piernas, pero desafortunadamente en el pasillo se encontró con una zapatilla deportiva de color morado.

La zancadilla fue apoteósica, aunque el hombre logró ponerse en pie y salir a toda hostia de la iglesia.

—¡Basilio! ¡Cógelo! —gritó Margarita. Daniela salió disparada detrás del puto ladrón de pacotilla y logró alcanzarle.

Entre los dos tiraron del lienzo. Uno de cada extremo. La tela crujió de forma extraña.

Tanto fue así, que la pintura volvió a rajarse una vez más quedándose cada uno con un trozo... ¡Qué horror!

Basilio salió del Mercedes, pero el ladrón era algo más ágil para la madurez del chófer, así que logró evadirse de sus garras y meterse en su coche como pudo.

Arrancó a toda velocidad levantando una nube de polvo que hizo toser a los tres.

Cuando Daniela vio lo que había entre sus manos, gimió.

—¿Qué vamos a hacer, yaya?

—Tendremos que negociar, Dani.

—¿Negociar? ¿Con este desastre? ¿Y mi trabajo de restauración?

—Tendrá que esperar. No es posible que me haya pasado esto... ¡Ese cuadro era mío!
¡Agggghhhh!

—¡Yaya, era de «la comunidad»! —La chica puso los ojos en blanco.

—Vámonos a casa. Te lo explicaré todo.

CAPÍTULO CUATRO

LAS EXPLICACIONES

Y cómo no, las explicaciones de la yaya Margarita no fueron en absoluto del agrado de Daniela.

Demasiado engorrosas, demasiados circunloquios para no destapar la guerra entre los Montenegro y los Conti...

—Y ¿qué quieres que te diga, Dani? —Margarita se abanicaba en el jardín con mucha efusividad. Se había cambiado de ropa, al igual que Daniela. Aunque el calendario indicaba que la primavera estaba dando sus últimos coletazos, el calor era el típico del mes de julio.

—Quiero que no seas tan siesa conmigo, yaya. Quiero que te relajes y ya que no vas a soltar la lengua más de lo estrictamente necesario, me cuentes qué hago con este trozo de lienzo. — Daniela bamboleó la tela delante de las narices de su yaya.

—Para empezar, vamos a guardar en mejores condiciones esta obra magnífica. —Marga hizo una llamada y enseguida vinieron un par de hombres que conservarían en el lugar que la mujer les había indicado: un sitio seguro, seco, oscuro y fuera del alcance de los Conti.

—¿Y después?

—Después vamos a tocar las teclas necesarias, para negociar. —Margarita se había sentado en uno de los sillones del jardín. Había estirado la mano, y Basilio había aparecido de la nada, con una copa de champán que depositó delicadamente entre los dedos de la mujer.

—¿Y quién maneja el tinglado, yaya?

—Por desgracia, Giuseppe se ha jubilado... No puedo llegar a un acuerdo con él.

—¿Y quién es ahora el rey del cotarro? —A Daniela se le empezaron a erizar los pelos de la nuca. Porque por lo poco que sabía de aquella guerra insensato entre las dos familias, había algo que no podía obviar... O mejor a alguien al que no podía eludir, «no puede ser», pensó. De repente se olió el pastel.

—Carlo, su nieto.

—¿Ese gilipollas?

—Sabes que no me gusta que uses ese vocabulario, Daniela.

—¡Ohhhh! ¡Pues a mí me encanta! Es... ¡Gilipollas! —Daniela tomó la copa que apresuradamente Basilio le ofreció. Soplaban una brisa cálida aquella noche y el cuello y la cara de Daniela brillaban por la transpiración.

—Puede ser, Daniela. —Margarita dio un sorbo al líquido chispeante. Aquel champán era dulce, rosado, carísimo, pero a Dani se le estaba atragantando.

—¿Y no estarás pensando en mí?

—Dani, cariño, tus padres son como dos adolescentes que hace muchos años dejaron de servir a la familia. —Resopló y volvió a abrir el abanico.

—Hicieron muy bien, lo de este clan es para hacérselo ver.

—Es mejor que no hablemos de ellos. Me produce ansiedad...

Y es que la familia Montenegro era de «armas tomar». Lo único que sabía Daniela de las refriegas con la familia Conti, fue lo que salió en los periódicos, en las redes sociales, en los medios de comunicación...

Aquello fue de traca. Ella acababa de entrar en la universidad. En una subasta organizada en Venecia, los Montenegro y los Conti se encontraron cara a cara una vez más, esta vez en una encarnizada batalla por la posesión de un codiciado cuadro del maestro italiano Tiziano. Aquella

pintura era objeto del deseo para ambas familias, cada una ansiosa por agregarla a su colección privada de arte.

Los Montenegro, decididos a asegurarse la victoria, utilizaron todos los medios a su disposición para manipular la subasta a su favor.

Sobornaron a los organizadores, inflaron artificialmente los precios de las ofertas y desplegaron una red para asegurarse de que ninguna oferta rival pudiera igualar a la suya.

Pero el infiltrado de los Conti, en un movimiento audaz, levantó su cartel de oferta y pronunció una cifra astronómica que dejó a todos los presentes boquiabiertos.

Los Montenegro no lo perdonarían nunca.

CAPÍTULO CINCO

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

Ahí se encontraba Daniela, en un *vaporetto* rumbo al palacio donde se hospedaba Carlo en primavera. Su abuela quería que fuera discreta, así que el taxi la había dejado en *Piazzale Roma*, y como una turista más había tomado la línea uno hasta la parada de Rialto.

Dejaría las maletas en el hotel y se encaminaría hasta el palacio. Su yaya le había dicho exactamente lo que tenía que hacer y decir. Sin salirse en absoluto del guion.

Pero aquello no era tan fácil para ella. Porque le tenía una puta manía a aquel tío, que no le soportaba.

Y no tenía nada que ver con los negocios y los trapos sucios de ambas familias.

El tipo había heredado y cultivado con mucho cuidado las formas, el dinero y las influencias.

De hecho, era un hombre sin escrúpulos así que, verle le haría tragar más sapos y culebras de lo que su estómago estaba dispuesto a digerir.

Hacía un año Carlo Conti había esparcido un montón de mierda, de rumores maliciosos sobre su competencia y su integridad profesional, para arrebatárle el trabajo de restauración más importante de su vida: una serie de frescos de los Museos Vaticanos en los que se podían vislumbrar varios autorretratos de Miguel Ángel.

Además, había utilizado sus conexiones en los círculos selectos del mundo del arte difundiendo información falsa y tergiversada sobre supuestos errores y deficiencias en el trabajo de restauración de un cuadro de Caravaggio. Total, que la había jodido por partida doble quitándole el prestigio, la pasta y las ganas de vivir...

Y ahora se encontraba en aquel palacete. El portón estaba abierto...

La curiosidad pudo con ella.

Entró y subió los escalones hasta una gran sala cuyos ventanales mostraban la belleza del Gran Canal.

Se paró en seco. Retrocedió hasta quedar tras el portón. Se llevó la mano al pecho. Después a la boca. No quería hacer ruido. Porque no quería que la tildaran de fisgona.

A fin de cuentas, la culpa no era de ella. «Que no dejaran las puertas abiertas», pensó.

Se quitó los zapatos de tacón. En principio su cerebro le ordenaba que bajara los escalones, despacito y sin ruido, para que no quedara constancia de que allí había estado ella.

Aun así, no pudo evitarlo. La intriga, como un fuego ardiente, avivó el deseo de Daniela de conocer más allá. Su deseo como una fuerza imparable, la empujó a quedarse, y a observar la escena con atención, como si estuviera hechizada por la intensidad del momento.

Despacio, muy despacio, asomó un poco la cabeza. Aquel hombre tenía a la mujer tumbada sobre la mesa, con las piernas bien abiertas. Lamía con delicadeza los pliegues del sexo, arrancando de la boca pintada de rojo gemidos de placer... Tantos que a Daniela se le salía el corazón por la boca.

Se estaba poniendo cachonda perdida. Volvió a esconderse. Sacó del bolsillo del pantalón un clínex, para limpiarse la transpiración de la cara y de las manos.

Porque sudaba a chorros. Cerró los ojos. Escuchó más ruidos. Aguantó la respiración un par de segundos... Y volvió a asomarse. Esta vez era el hombre el que estaba apoyado en pelota picada contra los ventanales del gran mirador de la sala.

La mujer estaba arrodillada... Metiéndose en la boca aquella polla enorme.

Y el rostro del hombre, totalmente relajado, era hermoso, muy hermoso. Como ella

recordaba. La nariz recta con un puente bien definido, la boca entreabierta, con unos labios gruesos que daban ganas de comérselos... El color de los ojos, marrón cálido, las manos en la cabeza de aquella mujer, que por el pelo sabía que era su esposa, eran fuertes, muy fuertes...

Daniela se llevó la mano al escote, y con una parsimonia que no recordaba en mucho tiempo se tocó uno de los pezones... Estaba duro como una piedra... Nunca en su puta vida había hecho algo semejante.

«Eres una *friki*», pensó... « Como te pesquen, no vas a tener tierra para correr, entre otras cosas porque estás en Venecia», continuó con la matraca...

—¡*Madonna!* ¡*La tua lingua!* —gemía el hombre, mientras empujaba contra la boca de su esposa.

Daniela sentía la fiebre por todo su cuerpo... Volvió a asomarse una vez más a través del marco de los portones y en ese mismo instante, se arrepintió... Porque el hombre la descubrió al abrir los ojos. Sonrió con mucha malicia y con un tono grave por el placer que estaba recibiendo, susurró:

—Me corro, Daniela...—¡Su puta madre! ¡La había descubierto! Se escondió nuevamente, cogió los zapatos que había dejado en el suelo y salió disparada de aquel lugar.

CAPÍTULO SEIS

¡MENUDO MARRÓN!

Parecía que había corrido una maratón. El corazón le latía por lo menos a doscientas pulsaciones por minuto. Lo que le había pasado no le daba vergüenza, sino lo siguiente. No tenía ni idea de lo que le iba a contar a su yaya... «¿Que había fracasado en la misión? ¿Que el señor Carlo Ponti le había dicho que se estaba corriendo con la mamada que le estaba haciendo su mujer, mientras pronunciaba el nombre de Daniela? ¿Que no había llamado a la puerta del palacete, que no había gente del servicio, que se había parado a contemplar cómo follaban mientras ella se tocaba las tetas?».

Cuando llegó al hotel, recibió una llamada de la yaya:

—Dani, cariño ¡Basilio y yo acabamos de llegar!

—De llegar, ¿a dónde?

—¡Al hotel, estamos en Venecia! —A Daniela se le cayó el móvil al suelo. A ver ahora qué rollo le contaba a Margarita Montenegro, que lo de abuela era un título que solo ella usaba porque de abuela tenía lo que ella de...

—Dani, ¿qué ha sido ese ruido?

—El móvil, yaya... Se me ha estampado contra el suelo.

—¿Qué te pasa? ¡A mí no me engañas! ¿Has hecho el encargo que te ordené?

—Yaya, es que...

—¡Ven inmediatamente! Ah y coge el equipaje... Te mando el barco.

—Pero...

—¡No hay peros que valgan! ¡Acércate a San Marcos! —Y colgó. Daniela resoplaba de angustia. Anuló la reserva, le devolvieron las maletas y volvió con ellas arrastrando hasta San Marcos.

Tenía mucho calor... O lo hacía, no estaba muy segura. Lo que sí podía certificar ante notario, es que había vivido más en un par de horas en Venecia, que en los últimos seis meses dándole al bastoncillo mientras limpiaba medio milímetro cuadrado de un bodegón que había pintado Velázquez.

Cuando llegó al embarcadero, Basilio alzó la mano desde el barco. Le cogieron el par de maletas, la ayudaron a subir y se dirigieron hacia la isla de la *Giudecca*. Tardaron poco menos de diez minutos en traspasar las puertas del hotel suntuoso donde les esperaba Margarita.

Subieron hasta la terraza. La yaya estaba sentada de espaldas, pero por lo que podía vislumbrar, lucía magnífica. Parecía relajada mientras se tomaba un *gin tonic*. Llevaba un vestido en seda color champán con un escote *halter*, que resaltaba la esbeltez de su cuello y sus hombros. Se había hecho unos pequeños retoques, pero en su opinión no necesitaba nada. Así estaba Basilio. Loco de amor por ella y por su cuerpo.

No giró la cabeza, pero sabía que acababan de entrar por la puerta de la terraza, que había reservado única y exclusivamente para ellos tres durante una hora... Alzó la mano y doblando el dedo índice les indicó que se acercaran...

—¿Bien? —inquirió Margarita. Daniela tomó aire por la boca, pero ni por esas le llegaba el oxígeno a los pulmones.

—No lo he visto. —Margarita miró fijamente a los ojos de su nieta. Sin parpadear. Daniela no le pudo sostener la mirada y ella sí que guiñó los ojos un instante.

—Daniela, no quiero que me mientas...

—¿Y qué quieres que te diga, yaya?

—Inténtalo, puede que te crea. —Basilio tomó un par de vasos que había depositados en una camarera y una jarra con zumo de naranja. Echó un par de cubitos de hielo y vertió el líquido en ambos vasos. Acercó uno hasta las manos de Daniela. Tenía la boca seca. Aunque le molestara que Basilio actuara como un sirviente de su abuela, porque en realidad no lo era, en aquellos momentos le agradeció enormemente la posibilidad de saciar aquella sed que le estaba resecaando hasta la altura del esófago.

—En realidad, esto... Sí que le vi.

—¿Entonces?

—Estaba ocupado. —Daniela bebió de un trago todo el zumo del vaso.

—Ocupado, ¿en qué? —La joven no sabía dónde coño meterse. Aquella situación le estaba pareciendo absurda.

—Esto es ridículo, abuela. Además, no sé qué estás haciendo aquí. Se supone que yo era la encargada de...

—Daniela, cariño, nunca me llamas abuela, excepto cuando estás al borde de un colapso.

—Estaba, estaba... ¡Follando! ¡Eso es! —soltó de repente. Se levantó y añadió un poco de ginebra a su vaso, junto con unos hielos y el zumo. Se lo bebió de golpe.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Perdón! —se disculpó Basilio.

—Dani, cariño es la excusa más tonta que jamás he oído salir de tu boca. Además, es un poco ordinaria. Inténtalo de nuevo. —Margarita dio un pequeño sorbo a su copa.

—Tómalo como quieras, yaya. Pero los pillé a los dos, a él y a su mujer comiéndose... —La yaya levantó la mano. No quería saber los detalles más escabrosos.

—¿No había nadie del servicio? —preguntó Basilio frunciendo el ceño.

—No, y además estaban los portones de la entrada del palacio abiertos. —Margarita alzó las cejas. Daniela no tenía pinta de estar mintiendo.

—¿Te pescó —quiso averiguar Basilio. Daniela se levantó de sopetón, le entró una tos que no podía calmar ni con el zumo que se había servido de nuevo y estaba bebiendo a sorbos.

—Déjalo, Basilio. Tiene toda la pinta de que ese canalla lo tenía todo previsto y mi pobre Dani ha caído en sus redes. Alguien le ha avisado de que estaríamos aquí...

CAPÍTULO SIETE

Y ADEMÁS...

Margarita se levantó del sofá. Se acercó hasta Daniela. La miró de arriba a abajo.

—No Basilio, quiero responder a la yaya. —Se abrazó a ella y Margarita le besó la frente—. Yaya, dijo «Daniela, me corro».

—Efectivamente, te estaba esperando. Bien, vamos a darle lo que quiere, pero a nuestra manera. Basilio, ¿mandaste las invitaciones? El hombre asintió ligeramente.

—¿Qué invitaciones, yaya?

—Vamos a subastar la parte del lienzo que tenemos. A cambio tú lo restaurarás como estaba pensado desde un principio y posteriormente le daremos el «cambiao». No pudimos recuperarlo en nuestro terreno, así que lo haremos en el suyo. Yo cometí el primer fallo. Llevaba mucho tiempo vigilando, pero no fue suficiente. Me lo robaron delante de mis narices.

—¿Por qué yo? No me encuentro preparada para trabajar con ese cabrón.

—Lo harás, porque yo te lo digo. Y además no vas a encontrar otro curro más fructífero que este, o ¿no recuerdas que ya estabas contratada?

—Yaya, ¡es un puto asco! ¡Además ha tenido que descojonarse de mí, viéndome esa cara de pánfila! —Daniela gemía de angustia.

—No lo creo...

—¿No crees que fuera un asco? —Daniela alzó la vista con cara de asombro.

—No creo que se haya reído de ti. Es solo un pequeño triunfo, en una pequeña batalla, en la que ha intentado desarmarte. No ha ganado la guerra.

—Puede decir que...

—Que diga misa, si quiere —aseguró Margarita.

—¿Entonces? —Daniela volvió a descalzarse. No soportaba ni un segundo más aquellos zapatos que le mordían los talones como dos perros rabiosos.

—Haremos las cosas a mi manera.

—¡Pffff! —resopló Basilio. Margarita le lanzó una mirada severa. Le adoraba, pero no era quién para desautorizarla delante de su amada Dani.

—¿Y eso incluye que nos vayamos de parranda? Yaya, de verdad, no puedo con esto.

—No te confundas conmigo, niña. Esto no es una parranda cualquiera. Estamos hablando de unos cuantos millones de euros... ¿Has traído ropa decente?

—¿Qué quieres decir con «decente»?

—Me refiero a algún modelito, elegante, *chic*, que marque tendencia, que cuando te lo vean puesto digan: ¡Ohhh!, y al día siguiente hagan clones y los vendan a cascoporro en el *Zasha*.

—Pues no. Me dijiste que trajera poco menos que lo puesto... ¿Cascoporro? Yaya, ¿qué vocabulario es ese?

—Lo sé y lo siento. No es típico de mí. Bien, nos iremos de compras. Es hora de que renueves el vestuario.

Dieron la reunión por concluida. Margarita salió de la terraza junto con Basilio y Daniela. Los guardias de seguridad recibieron la orden de que se volvieran a abrir las puertas de la terraza al resto de clientes del hotel.

Cuando pasaron por el mostrador de recepción, Daniela recibió las llaves de la *suite* en la que residiría hasta que la yaya decidiera que había que levantar el campamento y trasladarse de nuevo.

Tomaron el ascensor. Las habitaciones estaban situadas en el edificio anejo.
Una para la parejita feliz y otra para Daniela.
Con unas vistas maravillosas, para los ojos de unos pocos privilegiados.
Daniela era únicamente otra pieza más de ese puzle en el que había nacido.

CAPÍTULO OCHO

UN POCO DE RELAX...

Margarita y Daniela dedicaron toda la mañana del sábado de aquel fin de semana en el que se celebraría la exposición, a prepararse para el cóctel.

Ir de compras con la yaya era poco menos que aceptar a rajatabla lo que dijera, sin opciones de elección...

Para cuando entraron en la última tienda, donde Margarita era adulada, venerada y peloteada más que en *Pretty woman*, por la cantidad de pasta que se gastaba con aquellas grullas, Daniela ya se encontraba agotada mentalmente.

Al entrar, las *shop assistants* rodearon a la yaya, la aplaudieron como si entrara una reina, y la llevaron casi en volandas hasta un sillón *art déco* para que asentara sus «reales posaderas». La que parecía ser la jefa de las cacatúas trajo una botella de champán *Cristal rosé*, que descorchó y sirvió con mucho *glamour*. Daniela puso los ojos en blanco.

Con un chasquido de dedos de Margarita, todas se pusieron a trabajar como si les hubieran metido un motorcillo en el culo. Una de ellas cerró las puertas de la tienda y colgó el cartel de «cerrado por vacaciones».

A Daniela la arrastraron hasta el vestidor y la desnudaron sin pedir permiso. Así en pelotas, comenzó el calvario para Dani.

La chica sudaba a chorros, mientras que una de las *styler* chasqueaba la lengua por el inconveniente que suponía «calzarle» los vestidos, con las gotas de sudor deslizándose por la espalda y por el canalillo entre las tetas.

—¿Qué le parece este, doña Margarita? —preguntó la jefa de las grullas. Le habían colocado un vestido rojo pasión, ceñido en las caderas.

—Demasiado llamativo —respondió la mujer madura, arqueando la ceja.

La *styler* suspiró y siguió explorando entre la montaña de ropa. Le probó uno blanco.

—¿Qué me dice de este? ¡Parece Afrodita recién salida del mar!

—¡Demasiado angelical! —Margarita cruzó una pierna sobre la otra y dio un pequeño sorbo de la copa de cristal de Murano. La mujer empujó a Daniela de nuevo al vestidor. Daniela se mordió un labio, estaba harta de tanto «dorado de píldora».

—¿Yaya? —gimió Daniela—. No puedo con esto.

—No pienso racanear contigo, cariño. Sigán, por favor.

—¿Y este vestidito de lunares? —preguntó con sorna la *shop assistant*.

—Demasiado infantil. —declaró la mujer con un tono de indiferencia. La joven asintió con resignación, comprendió que encontrar el vestido perfecto sería una tarea casi imposible con tantos «demasiados» en juego.

Daniela salió del probador en pelotas y señaló un vestido discreto y simple, totalmente desbordada. Margarita negó y continuó dando sorbitos a su copa.

—¡Vamos, yaya, lo que realmente necesito es un vestido que sea demasiado corto para sentarse, demasiado largo para caminar, y excesivamente estrecho para respirar!

—Niña, no me toques las narices. —Daniela berreó y se metió de nuevo en el probador. En ese momento Basilio apareció con un vestido colgado de una percha... Se lo pasó a Daniela a través del cortinaje que envolvía el gran espacio donde Daniela empezaba a soltar improperios.

—Inténtalo con este, Daniela. —El vestido era sencillamente exquisito.

Cuando Daniela salió con él puesto y subió a la plataforma, su abuela asintió convencida de

que aquello era lo que realmente estaba buscando para su nieta.

El cuerpo del vestido era etéreo, ligero, con un escote asimétrico y suavemente inclinado hacia el hombro derecho. La falda caía en pliegues suaves alrededor de su figura, creando una silueta totalmente elegante y sobre todo sensual.

Estaba guapísima. Margarita sonrió por primera vez en lo que llevaba de mañana.

Basilio tomó la mano de la yaya y se la besó con delicadeza. Margarita cerró los ojos un instante y suspiró antes de retirarla.

Pero Daniela lo había visto. Ese gesto fue maravilloso.

CAPÍTULO NUEVE

EL CÓCTEL

Y allí estaba ella. Ni demasiado extravagante, ni infantil, con su vestido satinado fluido en verde esmeralda y sus sandalias en tono *nude*. Acababa de entrar en la sala de exposiciones enclavada en un majestuoso palacio veneciano que había alquilado la yaya, para tal evento.

No quería saber cuántos miles de euros ni cuánto tiempo había gastado Margarita en organizar la exposición, ni de dónde había sacado esos cuadros que a todas luces eran de colecciones privadas de dudosa procedencia, y que ahora algunos de ellos se encontraban a la venta.

La sala de exposiciones estaba situada en el corazón del palacio, accesible a través de una puerta doble de madera tallada que se abría hacia aquel espacio lleno de luz que inundaba la habitación, a través de los ventanales con forma de arco, que dejaban traspasar los rayos de sol del atardecer y que se reflejaban en el suelo de mármol pulido hasta brillar como un espejo.

Las paredes de la sala estaban revestidas de paneles de madera tallada, decorados con motivos florales y escenas mitológicas que añadían un toque de fantasía y erotismo al ambiente... Los espejos venecianos que adornaban las paredes multiplicaban la belleza de la sala, creando una sensación de amplitud y luminosidad.

Los invitados paseaban entre las obras de arte, más que maravillados por la belleza y la historia que emanaba de cada rincón de la sala y del propio palacio veneciano, ansiosos por adquirir una obra de arte con la que traficar posteriormente.

Y entre tanta grandeza, tanto cuadro y tanto espejo llegó la pareja más esperada de la velada: Carlo Ponti y la que decían que era su última esposa, Martina.

Fueron recibidos entre aplausos. Daniela pensó que Carlo controlaba los tiempos de todas y cada una de las actuaciones de su vida como gran manipulador que era, ¡A ella se lo iban a decir!

La abuela se acercó a Daniela y le susurró al oído:

—¡Vamos, cariño! ¡Nos toca hacer una reverencia al enemigo! —Las dos se acercaron hasta la pareja. Martina no era guapa, quizás extravagante. Su vestido del Atelier Versace solo era un signo de que su maridito tenía pasta, mucha pasta... «La elegancia no se compra», pensó Daniela.

—¿Y para cuándo la zancadilla, yaya?

—¡No me seas rebelde, niña! ¡Paciencia! —comentó entre dientes, su yaya.

Cuando llegaron hasta donde se encontraba la pareja de moda, Margarita desplegó todo su encanto y su buen hacer en materia de protocolo. La mujer de Carlo parecía no tener mucha idea de lo que representaba todo aquello, así que, con su aire de superioridad recién adquirido con el estatus de esposa de un Conti, dijo:

—¡Ah, querida Margarita! ¡Cuántos lustros sin verte!

—No nos conocemos, querida. —La mujer ofreció la mejilla para que Martina se la besara. Si hubiera sido un obispo quizá le hubiera tendido la mano para que le besara el anillo...

—Margarita... —Carlo, sin embargo, besó con amabilidad a la matriarca Montenegro.

—Te presento a mi nieta, Daniela. —La joven intentó no poner los ojos en blanco. Se conocían de sobra, cuando le robó el último proyecto de restauración y volcó un saco de mierda sobre su prestigio y su cabeza. Carlo tomó la mano de Daniela y se la besó con mucha delicadeza. Se demoró más tiempo del que ella hubiera deseado, cosa que a Martina no le pasó desapercibida y con una carcajada que desentonaba añadió:

—¡Mira esos cuadros! ¿Verdad que son fabulosos? —exclamó la mujer con aire de superioridad, dando un manotazo a su marido y deshaciendo aquella situación incómoda para ella.

—¿Qué tal si me explicas qué te gusta tanto de ellos? —preguntó Daniela con una sonrisa inocente.

—Mira esos trazos aquí, son absolutamente impresionantes. Y el uso del contraste de luces y sombras... ¡Es simplemente sublime! —dijo señalando un área de uno de los lienzos de Caravaggio, que no tenía nada de especial. Daniela contuvo la risa mientras escuchaba las divagaciones de la mujer, consciente de que estaba completamente perdida en su intento de aparentar algún tipo de conocimiento sobre el arte.

—¡Ah, sí claro! —contestó Daniela.

—Es fascinante cómo... Cómo los colores se mezclan... Y ya sabes, hacen... Cosas.

—Disfrutad de la velada, me llaman del fondo —indicó Margarita. Literalmente había endosado aquel marrón a su nieta. Se deslizó con gracia por la estancia, no sin antes dar un apretón de manos a Daniela.

—¡Ah, el champán! —exclamó Martina con entusiasmo, mientras un camarero le ofrecía una copa—. ¡No hay nada como una buena botella de Möet para añadir un toque de elegancia a la velada!

—Si me disculpáis... Prefiero un cubata bien cargado o una buena *birra* fresquita. —Daniela salió de allí casi corriendo. No soportaba nada de todo aquello. No sabía a quién odiaba más, si a Carlo o a su mujer, o quizás haría un *pack* mental con aquellos dos y los tiraría al Gran Canal.

CAPÍTULO DIEZ

EL ESPEJO

Daniela inició la huida. Como si la persiguiera el mismo demonio abriéndose paso entre los asistentes que parloteaban sin cesar. El verdadero negocio comenzaría a partir de la medianoche. O eso le había dicho su abuela.

El intenso perfume a rosas del jardín la perseguía hasta que dio con una gran puerta que se abría a un largo corredor, cuyos ventanales estaban adornados con pesados cortinajes de color rojo carmín. La galería poseía retratos de personajes desconocidos para Daniela. Pensó que probablemente la estuvieran juzgando desde el infierno.

Se detuvo delante de uno de aquellos magníficos espejos venecianos. Cerró los ojos. El corazón parecía latirle en la base de la garganta. Se mareó un poco. Miró hacia un lado y hacia otro y comprobando que no había nadie, aprovechó y deslizó el escote asimétrico, dejando al aire los pechos. El viento evaporó el sudor y sintió un gran alivio.

Volvió a cerrar los ojos. Cuando los abrió, descubrió fascinada cómo el cristal le devolvía el reflejo de Carlo.

La figura elegante y dominante la dejó clavada en el sitio. Con un parpadeo rápido intentó borrar la imagen, no fuera que su cerebro le hubiera gastado una mala pasada.

Totalmente desconcertada, notó el roce de la lengua en la base del cuello. El viento se encargó de evaporar la caricia y de hacerle sentir un escalofrío intenso que la puso muy nerviosa.

Su mente voló a una época no muy lejana en la que cedió a los deseos de ese hombre.

Para ella era veneno. Mortal. Y, sin embargo, seguía conservando los mismos efectos en su cuerpo.

«Mierda», pensó. Aquello no le convenía en absoluto. Él era su fantasía privada. Una que no se atrevía a reconocerse ni a sí misma.

Y ella era una pringada. Porque llevó su brazo hacia atrás para cogerle la mano y posarla en sus tetas. El gruñido del hombre fue intenso.

—No he podido olvidarte —susurró Carlo. Y ella tampoco. Si cedía a la tentación no podría borrarle de su mente, pero nunca. Se volvió y lo besó con pasión. Las lenguas se enredaron...

—Me jodiste el trabajo, la reputación... —siguió Daniela, llevando la mano hasta la entrepierna de aquel hombre.

—Los negocios son los negocios. —Continuó magreándole las tetas.

—Estás casado. —Carlo se puso rígido.

—No significa nada para mí. —Daniela le apartó de un empujón. Sin embargo, la separación duró un instante porque él tomó la cara entre sus manos y besó aquel rostro tan hermoso y prohibido para él.

—No hagas eso, por favor. —Daniela se derretía en sus brazos. No poseía la fuerza suficiente para dejar a aquel hombre, ni para olvidarle, no tenía ni puta idea de qué coño iba a hacer con esa forma de pensar y de actuar.

—No puedo, no...

—¿Carlo? ¿Estás ahí? —Martina andaba recorriendo el pasillo, buscando a su marido.

—¡Déjame! —protestó Daniela. Se arregló el vestido y el pelo como pudo. Carlo la agarró del brazo una vez más.

—Esto no ha terminado. Nos vemos a medianoche.

—¿Carlo? —Los pasos de Martina se aproximaban hasta donde se encontraban, así que el

hombre desapareció por una de las puertas que daba al jardín dejando a las dos mujeres solas.

—Aquí no hay ningún Carlo —respondió Daniela.

—A mí no me engañas. —Martina llegó hasta donde se encontraba la joven.

—¿Perdona? —Daniela puso cara de circunstancias.

—¡Que te he visto cómo le miras! Y está ocupado. Él y su dinero —remarcó con el dedo en el hombro de Daniela.

—Tengo dinero.

—Sí, ya veo que se te sale por las orejas. —Martina señaló el vestido de Daniela. Lo dijo evidentemente de forma irónica.

—Y tu marido no me interesa en absoluto. No disfruto viendo cómo se acumula la pasta en la cuenta. Me interesa mi trabajo, mi vida y mi familia. Soy una tía seria.

—Me parece bien que lo tengas tan claro. Es mejor que retrocedas antes de que te metas en un lío del que no podrás salir. No te sorprendas si te encuentras con algunos «accidentes» inesperados por el camino. Deja de husmear y oler donde no te llaman, pedazo de zorra... — Martina se dio media vuelta dejando un rastro de perfume muy caro, pero que mareaba a kilómetros a distancia.

CAPÍTULO ONCE

ESTO ES EL MERCADO, AMIGOS

Tenía que haberse quedado en su casa. Con sus cositas, lamiéndose las heridas. Pero no, la llamó Margarita. La yaya o la *nonna* como era conocida entre los Conti.

No quería saber mucho de su vida, no fuera que se pegara un susto de los gordos. Algo conocía de los «negocios de arte» de Margarita. Ella solo se limitaba a la restauración.

Recibió un wasap de la yaya, que la devolvió al aquí y al ahora...

MARGARITA:

«Dani, cariño vente a la salita azul... No te demores. Empieza lo bueno en cinco minutos...»

DANIELA:

«Ok, yaya».

Se compuso como pudo, y se acercó hasta la sala. Aquel oasis de serenidad y elegancia, con unas vistas encantadoras del Gran Canal, servía para que Margarita y Carlo hicieran negocios, apartados del resto de los invitados.

Para la *nonna* era muy importante que estuviera su nieta, porque sabía de sobra que entre Carlo y Daniela había existido algo más que un enfrentamiento profesional en el que su nieta había perdido su prestigio.

La utilizaría si esto era posible... El cuadro que había perdido y que el pazguato del matón contratado por Carlo había destrozado, lo recuperaría o no se volvería a llamar Margarita Montenegro. Y si para ello usaba a Daniela...

Entró del brazo de Basilio, rodeada de su gente de seguridad. Cuando lo hizo Daniela, Carlo y su mujer también se encontraban en la estancia.

Todo aquello le parecía a la joven un marrón de los gordos. Sin embargo, cuanto antes se quitara de encima aquella noche de mierda, mucho mejor.

Se colocó detrás de la silla de Margarita al lado del ventanal.

—¿Qué tal, Carlo? Veo que finalmente has decidido venir a hablar conmigo.

—Claro, Margarita. Supongo que no tenía elección, después de que uno de mis chicos tomara prestado uno de tus cuadros. —Martina sonrió, enseñando las carillas dentales que se acababa de colocar, por el blanco cegador que desprendían. Tocó el brazo de su marido con un gesto de posesión, una vez más... «¡Qué tía más pesada!», pensó Daniela.

—¡Tomar prestado, dices! Eso suena encantador, querido, pero creo que a lo que te refieres es que tu chico ha robado descaradamente una de mis preciosas obras de arte. —Basilio, le ofreció una copa de champán, que Margarita aceptó, dando un sorbo delicado.

—Ya sabes cómo son las cosas en nuestro negocio, Margarita. A veces ocurren... Malentendidos.

—¡Oh, sí claro, malentendidos! Como cuando malentendiste que mi nieta era alguien con quien no deberías meterte. —Carlo suspiró. Aquella mujer le estaba sacando de sus cabales. Daniela elevó mínimamente la comisura de los labios. Basilio permaneció impertérrito y Martina... Aquella bruja empezó a sudar por la frente.

—*Nonna...*

—De mi nieta, y ya... ¿Qué me dices de la «obra de arte» que hizo en el lienzo tu hombre? —Los «seguratas» de Margarita sacaron el trozo de tela y lo colocaron encima de la mesa. La tela se encontraba en muy malas condiciones. La mujer de Carlo fue a tocarla, pero Daniela siseó:

—Aleja tus manos de mierda del cuadro de mi yaya. —Margarita levantó el brazo en un gesto de calma y añadió:

—Creo que es mejor no tocarlo. Como el lienzo tiene más agujeros que un queso suizo y mi intención es recuperarlo...

—¿Qué propones, Montenegro? —Carlo preguntó con calma.

—Me darás la parte que me robaste, lo restaurará mi nieta y aquí no se hable más.

—Interesante propuesta.

—Si no te gusta, es posible que no vuelvas a entrar nunca más en el negocio de las antigüedades.

—Acepto el trato. —Carlo no se movió del sitio.

—¿Pero? —preguntó Margarita. Sabía que no se iba a rendir a la primera de cambio.

—La restauración se llevará a cabo en mi casa. No veo ningún inconveniente en que Daniela sea la artista que recupere la pintura.

—¿Daniela? —inquirió la yaya.

—No.

—¿Por qué?

—Pues porque no, es mi última palabra, yaya. —La mujer salió de allí bufando como una gata a la que se le había acorralado contra un rincón.

CAPÍTULO DOCE

MANTENER LA DIGNIDAD

Era muy importante que no la tomaran por el pito del sereno. A Daniela se le encendieron todas las alarmas de la cabeza. Su abuela la había considerado como una pieza importante en aquella partida de ajedrez interminable que se traía entre manos con Carlo Conti.

De la conversación a la que había asistido como mera espectadora, dedujo que a Margarita Montenegro no se le escapaba ni una. Que sabía y mucho de su vida, y que hasta ese momento no había sacado a relucir cuánto.

Entonces y en aquella salita azul delante del Conti, le convino airear pequeños detalles sin importancia, como que estaba enterada de que su enemigo se lo había montado con ella y que luego la había dejado tirada como a una colilla y con el prestigio profesional por los suelos. Así que en vez de salir de la sala dando coces como una «vacaburra», salió con la cabeza lo más alta que pudo diciendo «no» a acudir a la cueva del lobo... No dudaba de que las condiciones de trabajo serían las mejores posibles, pero no, gracias.

Solo le quedaba huir, lo más lejos posible y cuanto antes mejor.

—¡Daniela! —Era la voz de su yaya. No estaba gritando. Simplemente el tono autoritario que tan bien conocía, le hizo pararse en seco.

—Yaya, no.

—No es una petición. —La joven se giró y enfrentó a Margarita Montenegro, la *nonna*.

—Verás, ese hombre representa prácticamente todo lo que me asquea del mundo. Y aun así no me parece suficiente razón como para acceder a lo que me pides...

—Lo harás —insistió Margarita.

—Yaya, no quiero. Y sí que sabes mis razones, porque te he escuchado perfectamente en esa sala de ahí. —señaló con un dedo tembloroso.

—Sé que lo deseas.

—¡Me cago en...!

—No me refiero a Carlo. Tú puedes tener a Carlo y a hombres mejores que él. Es el cuadro. Ese proyecto podría volver a encumbrarte en los círculos en los que te mueves.

Era verdad. Aquello era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Prácticamente vivía en la puta miseria. De eso ya se había encargado Conti.

—¡Joder! —Daniela pegó una patada en el suelo.

—Ese cuadro me lo regaló tu abuelo. —Margarita se alejó de allí. También se le daba de puta madre el chantaje emocional. Sabía qué palillo tocar para desmoronarla y convertirla en cera totalmente moldeable a su antojo.

—¡Yaya! —corrió tras ella. Margarita avanzaba con paso firme agarrada del brazo de su inseparable Basilio. No giró la cabeza. Cuando llegó hasta donde se encontraba la pareja feliz, Margarita no contestó, simplemente le puso un papel en la mano y le besó la frente. Continuaron hasta salir del palacete, tomaron una lancha que les estaba esperando de vuelta a su hotel en la Giudecca.

Eran más de las dos de la madrugada. Los invitados a la exposición habían desalojado el palacete y la mayoría de ellos continuaron la fiesta en la isla de Lido. El papel que le dio la yaya ponía: «Es importante para mí»

Por orden de Margarita o de Carlo. Quién sabía. El caso es que Daniela se fue hasta Lido y allí se encontraría ¡cómo no! a la parejita feliz... O no.

Porque no los veía en absoluto felices. Era postureo. Puro y duro. Martina se acercó hasta ella. Se había cambiado el modelito. Ahora llevaba uno más feo si cabe. Se acercó hasta ella. Iba un poco «achispada».

—Yo a ti te he visto antes —dijo apoyándose en su hombro—. Tu nombre era, Mari, Marisa... ¡Mari Guarra! ¡Eso es!

—Lo que tú digas.

—Sé que te has follado a mi marido. —Pegó un buen trago de la copa que tenía en la mano. Eructó.

—Si me disculpas. —Daniela intentó escabullirse, pero Martina la frenó en seco y prosiguió:

—Sé que lo habéis hecho, veamos ¿Un poquito de *petting*? Ya sabes ese magreo que te deja más caliente que el pico de una plancha, pero sin meter ni la puntita... O sexo oral, o anal, o marcha atrás... Delante, detrás, delante, detrás... O un «me relaja, tú miras y yo me hago una paja» ...

—Hasta luego. —Daniela dejó a aquella mujer con el movimiento de vaivén y bebiéndose hasta los hielos de la copa.

Se mezcló entre la chusma con la frase grabada a fuego en la cabeza de Margarita: «Es importante para mí» ...

CAPÍTULO TRECE

¡QUE SIGA LA FIESTA!

Era importante mantener la compostura. También sabía que no era fácil. Así que, con una sonrisa en los labios se volvió a mezclar entre los invitados de la *fiestuki*,

«Y ahí estaba la pesadilla de su vida», pensó. Rodeado de *frikis* que no se cansaban de lamerle las botas. Bueno, pues muy bien. De repente, vio que se acercaba directamente hacia donde se encontraba.

—Has tardado mucho en venir. Te esperaba antes. —Daniela no sabía si estaba nervioso porque la había visto o porque su mujer andaba merodeando por allí como una hiena al acecho.

—Solo he venido para decirte que acepto el trato —Lo soltó de una, a toda mecha, no fuera que se arrepintiera antes de tiempo.

—«Solo» puedo pensar en ti, en tus tetas, en tu culo, todavía guardo el tanga que ...

—Deja de decir guarradas. Tu mujer tiene el *wifi*, activado.

—Me trae sin cuidado. Dani, te necesito. —Se acercó más de lo que el protocolo permitía, así que la joven se retiró dando un respingo.

—Dime cuándo y dónde.

—Dame cinco minutos y me deshago de estos mierdas. En los baños del reservado. —Carlo no podía disimular la erección. Estaba cachondo perdido, quizá porque se le había ido la mano con el Cialis.

La tentación llamaba a la puerta de la entrepierna de Daniela, pero esta vez aguantaría como fuese las ganas de follar con el mafias ya que le había destrozado la vida y la había enfangado al máximo.

—No te equivoques. Folla con tu mujer, que para eso te la compraste. Solo quiero que me digas cuándo y dónde empezamos con el negocio de la restauración.

El rostro de Carlo se contrajo. La gente nunca le decía que no. Era el puto amo de los negocios, el que elegía con quién estar y luego decidía cómo deshacerse de los restos ya usados.

—Como tú digas. Te llegará un mensaje al móvil. Faltan cuatro minutos. Si me permites. —Alzó la muñeca con elegancia, exhibiendo su llamativo reloj de diseño exclusivo. Para él, el reloj no solo marcaba la hora, sino también el dominio que tenía sobre los demás. Vamos, que era un auténtico gilipollas, pensó Daniela según se iba alejando de ella.

El tema es que no podía subestimar al pájaro. Ella sabía perfectamente que siempre estaba protegido por un puñado de esbirros, de gente leal como ninguna.

A lo largo de la sala, y discretamente distribuidos, Daniela contemplaba a la horda de *trolls*, que vigilaban las puertas de entrada y salida del club, mientras que otros se mantenían en las cercanías de Carlo, listos para intervenir en caso de cualquier amenaza.

El tío no podía ser más patético, pero Daniela seguía enganchada a ese tío como a una droga dura.

Empezaba a sudar. Ella misma sacó el móvil del *clutch*, eran las tres y cinco de la madrugada.

Faltaban cuatro putos minutos para salir de allí, bien pasando por los reservados, bien saliendo por la puerta grande.

Se fue un momento al cuarto de baño. Pero al que estaba en la planta baja.

Pasó entre unas cuantas mujeres que reían, fumaban y se acicalaban.

Entró en una de las cabinas. Se subió el vestido y se bajó el tanga. Automáticamente lo guardó en el bolsito. Como pudo y sin sentarse, en la taza del váter, hizo pis. Cortó un trozo de

papel y se limpió.

Se detuvo un instante. El papel se había deslizado con mucha suavidad cuando se había limpiado.

Estaba caliente, mucho. Se quedó mirando el brillo del papel. Se lo llevó a la nariz y olió.

El olor de su sexo la embotaba. Le recordaba a Carlo. Y a todas las maneras en las que la llevaba al orgasmo: Lento, rápido, con las manos atadas a la cama, con los ojos vendados, sin saber si era él o quizás otro u otra la que la llevaba por los caminos oscuros y sinuosos del placer.

Suspiró profundamente. Tiró el papel al cesto. Cuando salió se dirigió hasta los reservados.

Tenía los pechos empapados por el calor que sentía. La humedad se deslizaba entre los muslos.

¿Iba a ceder por enésima vez al chantaje? Sí, claro. Así que ahí estaba frente a la puerta del reservado. Gimió, no quería, de verdad que no. Esta sería la última vez.

CAPÍTULO CATORCE

NO APRENDERÁS NUNCA

Para cuando quiso darse cuenta Daniela, ya era un poco tarde. O no. Porque cuando subió las escaleras allí estaba el primo de Carlo. Iván.

Ese tío era todo un misterio sin resolver. Había desaparecido hacía veinte años. Tenía los ojos de un azul turquesa, un poco rasgados, lo que le conferían un aire un tanto exótico. Y todo eso lo sabía Daniela porque la luz de una de las lámparas del pasillo le enfocaba los rasgos de ese rostro. Y además de esa cualidad física de los Conti, lo completaba con una boca voluptuosa y unos pómulos marcados...

Perfectamente podría ser Iván. Solo que las malas lenguas se habían encargado de esparcir el bulo de que estaba muerto.

Así que cuando pasó a su lado, inconscientemente se encogió para no rozarle ni con la ropa. Ese tío daba escalofríos. Su altura imponía. Sus secretos, también.

—¿Vas a entrar? —La voz era profunda. Los escalofríos se intensificaron hasta erizarle los pelos de la nuca.

—¿Perdona?

—Ese ambiente no te conviene —concluyó el hombre.

—¿Tú no estabas muerto? —Siguió andando hacia delante, pero sentía los ojos de aquel tío *gualtrapa* clavados en su espalda.

—Hay una sutil diferencia entre «estar muerto en su mayoría o estar muerto en su totalidad» —Daniela se frenó en seco. Le encantaba la peli *La princesa prometida*. La frase del milagroso Max, la retrotraía a una infancia lejana donde había sido más feliz que ahora. Se giró en redondo y contestó:

—Adoro esa película.

—En serio, ahí solo vas a encontrar un ambiente un poco «cargado». —El hombre sabía que Daniela estaba enganchada a tope de Carlo Conti.

—¿Eres Iván? —No estaba segura del todo. Aquel hombre no parecía ser el gamberro que había montado un huevo de follones en su juventud. Ahora parecía «un tío bastante.... *Mmmm* poca cosa, lo que ella solía llamar *tíomierdas*», pensó.

—No entres, ¿vale? —Se sacó del bolsillo trasero del pantalón vaquero una cajetilla de tabaco. Se encendió un *piti*.

—Sí, claro. —Pero no le hizo ni puto caso. Tampoco le insistió el hombre. Por el rabillo del ojo percibió un encogimiento de hombros y el brillo de la chusta en la boca del que se suponía que era Iván.

Cuando entró, el bofetón del aire denso y cargado de humo y olor a sexo y drogas, le dio de lleno en la nariz.

Y allí estaba Carlo. Sin su mujer. Con los pantalones a la altura de los tobillos, y una mujer entre sus piernas. La última vez que estuvo con él y tomó Cialis, la tuvo tiesa más de diez horas.

Así que, si se había pasado de la raya, y daba fe de ello porque además tenía el rulo de veinte en la mano dispuesto a aspirar hasta las rayas de un campo de fútbol, la *fiestuki* iba a durar un par de días más...

Tragó saliva. Ese tipo de fiestas orgiásticas le daban un poquito de *cringe*.

Y eso que le advirtió el tipo del mal rollo que le iba a deparar aquello. Pero claro, allí nadie era quien parecía ser.

Como para fiarse del último cabrón que había vuelto del otro mundo para decirle que «su amante era un *zombie*», y que aquello no le convenía lo más mínimo.

Cerró despacito, aunque si hubiera dado un portazo, tanto hubiera dado.

—¿Estás bien? —El hombre seguía allí. En la misma postura

—No te preocupes, supero los traumas en un *plis*. —No era cierto en absoluto, pero eso a ese tipo no le importaba lo que ella pensara o sintiera.

—¿Te apetece tomar algo?

—¿Llevas mucho tiempo ahí, sujetando la columna? —Ese tipo no se había movido ni un milímetro, y quién sabía cuánto tiempo llevaba allí, haciendo vaya usted a saber qué.

—Una copa, un poco de conversación, este sitio es un puto asco. —Daniela se quedó mirándolo fijamente. Tenía razón. El lugar era repugnante y la deprimía un montón. No tenía mucho ánimo, porque entre unas cosas y otras le daban ganas de meterse en la cama y no salir hasta dentro de un año. Pero asintió y dijo:

—¿Por qué no?

CAPÍTULO QUINCE

DE VUELTA AL CONTINENTE

Cuando llegaron al Mestre, los oídos de Daniela volvieron a detectar el ruido de los coches, y decidió que lo detestaba. El viaje había sido rápido desde una lancha taxi hasta la isla de Venecia y de ahí al continente en un Uber.

Había puesto un wasap a su yaya porque no era una mujer inocente. Bien estaba que era una mujer libre e independiente, pero no debía olvidar que aquello no dejaba de ser un negocio. La punta del *iceberg* era el cuadro de la yaya, pero el mercado de antigüedades estaba en juego. Daniela se encontraba en territorio enemigo, y lo mínimo que tenía que hacer era informar de todos sus movimientos. De reojo comprobó que Margarita le había respondido con una frase muy escueta en la que le recomendaba calma, paciencia y que sabía perfectamente con quién estaba.

Aunque hubiera visto a Carlo en un estado incalificable, había recibido también un wasap diciéndole que los trabajos de restauración comenzarían en su casa de Ibiza donde poseía un taller en el que repararía aquel trozo de tela que tanto añoraba la *nonna*, y que un barco la trasladaría el próximo lunes,

Total, que el tío estaba «al plato y a las tajás».

—¿Qué te apetece? —preguntó cuando entraron en un pub pequeñito y acogedor.

—Una copa de vino rosado y que me digas tu nombre.

—Iván, encantado. —El hombre sonrió y le extendió la mano. Daniela aceptó el saludo. No preguntó quién era ella, sino que se acercó hasta la barra del bar y al rato trajo una copa de vino rosado y una botella de agua con gas para él.

Cuando se sentó enfrente de ella, en uno de los rinconcitos más acogedores del lugar, la mujer dijo:

—Soy Daniela Montenegro.

—Lo sé. —respondió lacónicamente Iván. Daniela se removió incómoda en el asiento. El móvil sonó dentro de su pequeño bolsito. Cuando fue a sacar el teléfono para leer el mensaje, el tanga salió volando del *clutch*.

—Se te ha caído esto. —Iván lo recogió rápidamente y lo dejó colgando entre sus dedos índice y pulgar. La sonrisa del hombre congeló los ánimos de Daniela, pero había que disimular como fuera.

—Gracias, me molestaba. —De un manotazo pilló el trocito de tela y lo volvió a guardar en el bolsito—. Decían que te habían puesto unos zapatos de cemento.

—¡Ja, ja, ja! ¿A mí? ¿De dónde te has sacado esa gilipollez? —Bebió sorbiendo directamente de la botella. En realidad, a Iván no le hacía ni puta gracia beber de ningún vaso del que no hubiera controlado previamente su procedencia. Por si las moscas...

—Mi yaya dice que los Conti sois como los buitres al acecho, que ante... —Iván levantó la mano y la interrumpió:

—No soy exactamente un Conti.

—Ah, ¿no? —Daniela elevó una ceja. Se llevó la copa a los labios y bebió despacio.

—No. —Fue tajante. Daniela sonrió. Margarita le había comentado en cierta ocasión que se rumoreaba que Iván era un niño que el padre de Carlo había recogido en un barrio de las afueras de Madrid. Aquello no se lo creía nadie. Le gustaron sus ojos felinos.

—Eso no quiere decir que no seas un buitre avistando carroña, ¿A qué te dedicas Iván Conti?

—Ya te he dicho que no soy un Conti. Soy restaurador de arte. Mi primo Carlo me ha encargado que supervise los trabajos de reparación del cuadro...

—¡Y una mierda!

—Dos, si quieres. No vas a hacer el trabajo tú solita. En cualquier momento podrías dar una pincelada en un lugar equivocado o aplicar un hisopo en una zona que no sea conveniente, además tengo entendido que tu abuela odia las chapuzas y después de todo tu trabajo y tu prestigio no andan muy boyantes, así que...

—¿Me vas a supervisar como si fueras un cuervo apoyado en mi hombro a ver si cometo un puto error?

—Si lo quieres ver así...

CAPÍTULO DIECISÉIS

LOS CONSEJOS DE MARGARITA Y BASILIO

Había pasado un par de días. Daniela andaba preparando la maleta para trasladarse a la finca de Carlo. Había rehusado el traslado en barco desde Venecia hasta Ibiza, que le ofrecía el Conti.

De repente su vida se había convertido en una prueba en la que muchos ojos la iban a observar y eso la desquiciaba.

—No te preocupes, mi niña. Nosotros te cuidaremos. No vamos a dejar que te ocurra nada malo.

—Yaya, eso es una fortaleza, a ver cómo te voy a avisar si me pasa algo.

—Daniela, tenemos un montón de gente trabajando en casa de Carlo. No te va a pasar nada.

—La voz de Basilio era tranquilizadora.

—Pero...

—Ni pero, ni pera. Haz caso a Basilio. El acuerdo es válido para dos meses. Podemos ir a verte cuando queramos y además...

—Además, ¿qué? —Daniela metía con meticulosidad prendas de algodón, de lino y algunos vestidos para las cenas. El clima estaba siendo demasiado cálido y una vez que entrara en aquella mansión, se le recomendaba no abandonar el trabajo, a menos que Margarita quisiera perder su cuadro.

—Además, nada. —Basilio fue contundente en la respuesta. Tomó la mano de Margarita y la apretó con firmeza. El gesto no pasó desapercibido a Daniela.

—¿Qué pasa, yaya?

—A mí, nada. —Daniela miró fijamente a su abuela. Aquello no le estaba gustando ni un poquito. De repente, Basilio tomó a Margarita en brazos y se la llevó al otro cuarto. La besaba con pasión, mientras que la yaya emitía ruiditos y risitas de adolescente.

—¡Basilioooo, no seas *malooo*! ¡Ayyy *cariñooo* ahí *nooo*, que sabes que me gusta *muuchoo* y *Danielaaaa*...

—Daniela ya es mayor. ¡Te voy a follar como si no hubiera un mañana, nenita!

—Vale, vale ya me voy... —Terminó de cerrar las maletas. La música de Aerosmith y su «*I don't want to miss a thing*» inundaba la casa ahogando los gemidos de la yaya.

Daniela salió al porche. Un taxi la estaba esperando. Pero justo cuando el taxista iba a abrir el maletero para meter las pertenencias de Daniela, llegó un deportivo derrapando por el camino. El conductor frenó y salió del coche. Era Iván. Iba vestido con unos vaqueros negros, una camiseta *slim* y unas gafas de sol. Se acercó al conductor, habló unos instantes, sacó la cartera y le pagó. El taxi salió disparado del lugar.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó indignada, Daniela.

—Puedo llevarte perfectamente. Sube al coche. Yo meteré las maletas. —La mujer mostraba un mosqueo del quince. Bufó y pataleó. De nada sirvió. Cuando se sentó en el asiento del copiloto y bajó la ventanilla, de reojo le pareció ver que los visillos de una de las ventanas de la primera planta se movieron. Iván pisó el acelerador y salieron disparados.

La yaya no pudo ser, porque aún se oían los compases de la música con la que la «despidieron». No le dio más importancia.

Supuso que Iván le iba a fiscalizar el tiempo todo lo que pudiera, y que no la iba a dejar en paz ni un solo instante.

—¿Te ha dicho Carlo que vinieras a buscarme?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que saldría de casa a esta hora?

—Lo supuse. En casa de Carlo ya han preparado tu habitación y la comida se servirá a la una y media.

—Muy intuitivo.

—Muy graciosa. —Iván sonrió, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Y cómo es la casa de Carlo? —La verdad es que Daniela no había estado nunca en la isla. Ni en la casa que tenía la yaya allí. Así que sentía mucha curiosidad. Iván conducía con total seguridad por el camino serpenteante a través de las colinas cubiertas de pinos y olivos, con el sol brillando intensamente sobre el paisaje costero. Según se iban aproximando a la costa este, se vislumbraba Tagomago.

—No es nada del otro mundo.

—¿Nada del otro mundo? ¿Me tomas el pelo? —Daniela se colocó bien las gafas de sol.

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—¡No me jodas, tío! ¿Y mi habitación? ¿Y el taller? ¿Tiene suficiente luz, herramientas? ¿Es grande?

—Sí, es lo suficientemente grande. Y hay luz, no te preocupes por eso. —El hombre parecía un frontón. Devolvía todas las pelotas que le lanzaba Daniela.

—¿Iván?

—¿Sí?

—¡Vete a la mierda!

CAPÍTULO DIECISIETE

LA BIENVENIDA

Para cuando pasaron todas y cada una de las garitas de seguridad, Daniela comprendió que aquello ya no se trataba de una simple restauración de un cuadro, o de una diferencia de criterio más, entre la familia Montenegro y la familia Conti.

Toda esa riqueza de dudosa procedencia le indicaba que allí se cocía algo gordo. No le extrañaba en absoluto que sus padres hubieran emigrado a climas más cálidos, lejos de todo aquello.

No sabía nada de ellos desde hacía mucho tiempo a excepción de algún wasap que recibía por su cumpleaños o en Navidad.

Tampoco era que los necesitara mucho. La verdad era que la yaya le llenaba la parcela de amor de forma completa. Margarita era una mujer muy joven, que ni tan siquiera había cumplido sesenta años, y calculaba que todavía le quedaba mucho tiempo para llegar a esa edad... Total, que actuaba de madre y de abuela para ella.

La casa de Carlo era todo un sueño. Iván aparcó en la glorieta y al poco un séquito de gente del servicio acudió a recoger las maletas de Daniela.

La joven salió del coche, se colocó las gafas en la cabeza a modo de diadema y silbó...

Todas las terrazas de la primera planta estaban orientadas al mar Mediterráneo.

Estaba rodeada de jardines exuberantes con palmeras, flores coloridas, olivos...

—Señorita, si me acompaña le mostraré su habitación. —Una mujer ataviada de forma anacrónica y totalmente clasista con cofia, mandil y uniforme de color negro, la condujo hasta donde se encontraba la estancia en la que pasaría los próximos días.

—Gracias —musitó Daniela. Iván había desaparecido del lugar. De Carlo y su esposa... Para qué hablar.

La habitación era enorme. Blanca y llena de luz. Las vistas, impresionantes. Un cuadro presidía la pared más grande. Daniela se tropezó y casi se mata porque si no lo veía no lo creía. Aquel cuadro era uno de los más codiciados por los museos públicos. Era un Sorolla sin duda, y el cabrón de Carlo lo tenía allí.

—La comida se servirá en media hora, señorita. Si me disculpa. —Y la pobre mujer con aquel traje negro se marchó haciendo una pequeña reverencia, cerrando la puerta con mucha delicadeza.

Al cabo de cinco minutos, un par de personas del servicio tocaron a la puerta y se dispusieron a deshacer las maletas y a planchar y a colgar la ropa que había traído Daniela.

—¿Puedo pasar? —Era la voz de Carlo. Pero no esperó a que le diera permiso. Como estaba en su casa, se pasaba por el forro de los caprichos la opinión de Daniela.

—¡Adelante! ¡Estás en tu casa! —respondió en tono irónico, cuando le vio entrar hasta la terraza. Con un chasquido de dedos, mandó a la servidumbre a tomar por culo. Daniela se sintió sumamente incómoda. Sin embargo, aquel hombre tenía el poder de desarmarla por completo.

—¿Te gusta? —preguntó sentado en una de las sillas de la terraza. Se sacó del bolsillo una pitillera dorada, posiblemente de oro y se encendió un purito.

—Muy bonito, ¿de dónde has sacado el Sorolla? —Daniela se cruzó de brazos. Si se acercaba demasiado a ese tío, seguro que, en menos de un segundo, la tendría desnuda, en la cama y suplicando que la follara.

—Te lo vendo.

—No tengo sitio para un cuadro tan grande. Ni dinero para pagártelo. Recuerda que me arruinaste la vida. —Daniela miraba a todos lados como un gato que se sentía arrinconado y buscaba algún hueco por el que escapar despavorido.

—No te asustes, cariño. No te voy a hacer nada. Solo quería darte la bienvenida. Esta noche daré una fiesta en tu honor. —La miró fijamente mientras daba una calada a su purito.

—Con que me enseñes el taller donde voy a trabajar es más que suficiente.

—No pensarás que solo has venido a poner un poco de emplasto en el cuadro de la abuelita, ¿verdad, cariño?

—No sé qué quieres decir. —Odiaba que la llamara «cariño». No lo era en absoluto. Solo tenía un poco de dependencia sexual del cabrón que tenía delante de sus ojos.

—Necesito que tu yaya vuelva a meterme en el negocio de las antigüedades.

—Te crees que tengo mano con mi abuela, se lo digo y *pimpan*, ¡hala el nene ya puede hacer y deshacer en Ansorena, en Christie's, en Sotheby's y en donde te salga de la punta del nabo!

—Me pones cachondo con ese aire tan verdulero. —Carlo apagó el purito en una de las macetas de la terraza. Se levantó y se acercó hasta ella. Inesperadamente la cogió de la mano. Apretó con fuerza en la muñeca. Daniela gimió.

—Me haces daño.

—Lo siento. Sabes que me vuelves loco. Esta noche a las ocho en la terraza. Ahora, si quieres, te pueden subir la comida a la habitación. —Carlo soltó la mano y tomó con delicadeza el cuello de Daniela. Depositó un beso a la altura de la clavícula. La sensación de *tsunami*, en todo el cuerpo de la mujer fue tal, que buscó la boca de Carlo para besarle con toda la pasión que desbordaba...

—Luego... Ahora come. —Carlo deslizó la lengua por las comisuras de la boca de la mujer y se marchó dejándola con un palmo de narices.

CAPÍTULO DIECIOCHO

LA FIESTA

Daniela se había pasado la tarde tumbada en la cama. Había recibido un wasap de la yaya al que solo había contestado lacónicamente con un «No te preocupes, todo marcha de maravilla...»

Y no era así ni mucho menos. Estaba literalmente cagada con lo que le había insinuado Carlo.

Aquello de darle un «emplasto» al cuadro de la yaya la ofendió, pero de ahí a que el cometido de ella en aquel ambiente fuera algo totalmente diferente... Sudaba de pensar.

También había recibido un wasap de Iván. No lo tenía entre sus contactos. Así que alguien le habría dado su número de teléfono. No sabía si agregarlo a su lista o mandarle a pastar. Volvió a leerlo:

«Soy Iván. Me gustaría que tuvieras mi móvil en caso de necesidad o quién sabe, de aburrimiento...»

Tras un momento de indecisión, le añadió y le contestó con un simple *Ok*.

No recibió respuesta. Tampoco es que la necesitara. Seguro que había sido Carlo el que le dio el número, para tenerla aún más controlada.

Se duchó. Abrió el armario y eligió un vestido largo con un sutil estampado floral en tonos blancos y plateados con un escote en corazón y unas sandalias en cuña.

No llevaba ropa interior. No quería que se le marcara. Bueno, eso se dijo a sí misma.

Porque en realidad le daba un morbo increíble saber que su cuerpo podía estar al alcance de Carlo en cuanto él chascar levemente los dedos.

Cuando bajó las escaleras, un montón de invitados se encontraban alrededor de la piscina.

No conocía prácticamente a nadie, a excepción de Martina que venía directa hasta donde se encontraba ella, «*Buenooo, señores*», pensó Daniela

—¿Puedo preguntarte algo, querida?

—Sí, claro, dime. —Martina ya había empinado el codo. Le olía el aliento tanto a ginebra que tiraba *p'atrás*.

—Aunque la fiesta es en tu honor según Carlo, voy a ser tu sombra. Tengo entendido que habéis firmado una tregua con los Conti, ¿no es así? —Daniela abrió los ojos como platos. Resultaba que la pobre Martina se había tragado una bola más grande que el pedo que llevaba y solo eran las ocho de la noche.

—Sí, claro. —No la iba a sacar del error ni loca.

—Bien, pues que no se te olvide. A partir de mañana solo te quiero ver en el taller, pegando con Loctite los trocitos del dibujito de tu yaya, y en tu habitación... Te sugiero que lo hagas rápido, por el bien de tu salud.

—¿Es una amenaza?

—Como tú lo veas, si me disculpas. —No lo vio venir. Pero la copa de gin-tonic, cayó como al descuido encima del vestido de Daniela. La chica pegó un grito, pero nadie pareció darse cuenta... Cuando se volvió se dio de narices con Iván.

—Te acompaño. —Daniela se deshizo de la mano de Iván que lucía extendida en señal de ayuda.

—Puedo ir yo solita a cambiarme, gracias.

—Insisto. —La mano de Iván era grande y parecía cálida. La aceptó, porque en realidad quería desaparecer de allí lo antes posible sin hacer el menor ruido posible. Abandonaron el jardín cogidos de la mano. Cuando llegaron al pie de las escaleras, Daniela se deshizo de Iván...

El contacto con ese hombre le producía un rechazo difícil de explicar.

—Gracias, por acompañarme.

—No hace falta que me tortures de esa manera, tampoco soy tan desagradable. Subiré contigo.

En silencio se dirigieron hacia la habitación de Daniela. Cuando entraron en la estancia, la mujer se dirigió al armario, y eligió un nuevo vestido. Esta vez de un color coral intenso como los atardeceres que se contemplaban desde ese rincón del mundo.

Iván sintió que le abandonaba la sangre de la cabeza y salía disparada en dirección a la entrepierna, cuando observó atónito que la mujer se quitó el vestido empapado de ginebra y se quedó en pelota picada.

El simple acto de cambiar un vestido por otro hizo que la chola le diera vueltas sin parar.

El cuerpo de Daniela era lo más bonito que había visto en su vida.

CAPÍTULO DIECINUEVE

SENSACIONES

Daniela se puso el vestido por la cabeza. Le pidió a Iván que le subiera la cremallera. Se acercó por detrás y accedió sin rechistar. La tela crujió de forma tan sensual que le temblaron las manos.

Cuando la mujer se dio la vuelta para obtener el visto bueno de aquel hombre que le importaba una mierda, comprobó con el ceño fruncido que el tío lucía una sonrisa tan seductora que fue incapaz de descifrar el mensaje.

—El vestido te está pidiendo a gritos un buen collar.

—¿De perro? —preguntó de forma irónica la mujer.

—De brillantes. —Iván deslizó las yemas de los dedos por el cuello de Daniela, señalando el lugar que debía ocupar la joya. El escote era tan bajo, que dejaba al descubierto todo lo que debía estar insinuado para el gusto de Iván.

—No tengo pasta para permitirme ese tipo de lujos decadentes.

—Si me permites. —Iván se llevó las manos al cuello y se desabrochó una fina cadena de oro con un pequeño colgante. No pidió permiso a Daniela cuando la giró y se la colocó.

—No me gustan las cruces —susurró la mujer cuando observó lo que colgaba de la cadena.

—Es un *Anj*. Ya sabes, la llave de la vida de los egipcios. —Era verdad. No lo había visto con claridad. Cuando se acercó al espejo para observar si aquello pegaba con su vestido, decidió que le gustaba mucho.

—Gracias, es muy bonito. Luego te lo devuelvo.

—Cuando quieras. —Para Daniela, Iván seguía siendo todo un enigma sin resolver. El problema era que no podía pensar con claridad ni tomar una decisión sobre aquel hombre, si sus pensamientos no dejaban de dar vueltas al cuerpo de Carlo.

Sabía muy poco de él, a excepción de la información que manejaba todo el mundo. O sea, nada.

Preguntaría a la tía. Ella le juró y le perjuró que no le pasaría nada. Y así fue como se calmó.

Cuando volvieron a la fiesta, Carlo la estaba esperando con cara de perro. Se acercó hasta ella y tomándola del brazo la llevó hasta una pequeña tarima que habían preparado en su ausencia. Le colocó un micrófono inalámbrico en la oreja derecha, y el hombre comenzó a hablar:

—Amigos, colegas... —comenzó Carlo con su marcado acento italiano—. Os he reunido aquí para celebrar una ocasión especial para la familia, pero antes me gustaría presentaros a alguien muy especial para mí, mi querida Daniela Montenegro.

La gente comenzó a aplaudir. Aquello no se lo esperaba la joven.

—¡Gracias! —exclamó con una sonrisa. Se sentía como un pequeño ratón y el tío que tenía al lado como un gato a punto de cazarla y comérsela.

—¡Los Montenegro y los Conti hemos decidido hacer las paces! —La gente comenzó a murmurar, otros asentían con las copas en alto y los demás asistentes no daban crédito a lo que acababan de escuchar. El silencio fue alterado por un eructo de Martina.

—¡Salud! —exclamó la mujer de Carlo, alzando una copa de champán. Apenas se tenía en pie. Iván comenzó a aplaudir para acallar los improperios que salían por la boca de Martina. Los demás le imitaron.

—Daniela Montenegro, la pintora y restauradora, la que tiene una habilidad especial para

mezclar colores en su paleta, también tiene un pequeño talento para encontrar tesoros y obras de arte, y ¿sabéis qué, cabrones?

—¡Nooooo! —gritaron todos a la vez.

—Que esta mujer me va a ayudar a encontrar un pequeño tesoro de Caravaggio del que tengo noticias muy recientes...

—¿*El sátiro*? —susurró Daniela al oído de Carlo. Sabía perfectamente que el pintor había hecho varias versiones del «Baco enfermo», tras estar postrado en una cama, más de seis meses en el hospital de la iglesia de Santa Maria della Consolazione, en Roma.

La yaya también andaba detrás de aquella obra y otras tantas del pintor. La mayoría de ellas estaban perdidas hacía cientos de años.

La tenía arrinconada. Bueno aquello era un decir. Acababa de anunciar a todos los pedorros de aquella fiesta que estaba secuestrada.

CAPÍTULO VEINTE

NEGOCIACIONES

Tenía que neutralizar aquellas respuestas de su físico ante el estímulo del cuerpo del cabrón de Carlo, porque lo que acababa de hacer con ella no tenía nombre, ni apellidos tampoco.

La dejó con la boca abierta. Era un puto cabrón. Según se bajó de aquel altillo, su mirada buscó a Iván que andaba charlando con una que tenía cara de guarra. Cuando llegó hasta donde se encontraba, le tocó el hombro y le dijo:

—¿Nos está mirando Carlo?

—No sé. —Y siguió de cháchara con la tía que según Daniela tenía un aspecto un tanto indeseable. No se lo pensó. Cogió una copa de champán y repitió lo mismo que Martina había hecho con ella, se la tiró encima del vestido. Se disculpó con carita de no haber roto un plato en la vida, y cuando soltó del brazo a Iván, repitió.

—Que si nos está observando. Pero hazlo con disimulo.

—Estás como una puta cabra, ¿por qué le has tirado una copa a mi amiga? —miró de reojo y efectivamente asintió. Carlo tenía los ojos pegados en la espalda de Daniela.

—Ok, haga lo que haga, tú sígueme el rollo. —Y dicho esto, rozó el cuello de Iván con la yema de un dedo.

—¿Qué haces? —El hombre se puso tenso, mucho, más que la cuerda de un violín.

—Bésame.

—¿Cómo dices? —Los ojos de Iván se le salían de las órbitas.

—¡Que me beses! ¡Yaaaaa!

—¿En la boca? ¿Con lengua, o sin lengua? —Iván sabía de qué iba todo ese cuelgue. Y como decía el refrán, «el que algo quiere, algo le cuesta», Iván iba a disfrutar de lo lindo.

—Hasta la campanilla, si no te importa. —Daniela con una sonrisa en los labios, deslizo su dedo hasta uno de los pezones de Iván.

El hombre la giró, más que nada para que Carlo tuviera una magnífica vista de lo que iba a acontecer en menos de un segundo.

Y entonces la besó. Pero se tomó su tiempo, no lo iba a hacer como si estuviera hambriento y le fuera a morder la boca y a tragarse la lengua de ella, para empezar.

El caso es que la miró. Con esa mirada felina que poseía debido a la forma rasgada de los ojos. El contacto visual fue profundo y le hizo temblar a Daniela... «Lo que me faltaba», pensó. Porque ella no estaba acostumbrada a ese tipo de preliminares y mucho menos si se trataba de un beso. Con un gesto extremadamente delicado le apartó el cabello de la cara con mucha suavidad, le acarició la mejilla y le rozó la nariz con el dedo.

Aunque Daniela había leído alguna novela romántica que otra y en todas ellas el beso era el culmen, a ella todo eso le parecía pura morralla... Acostumbrada a ir al grano, y a que Carlo le metiera la lengua hasta la campanilla, lo de Iván la inquietó y mucho.

Le pareció que la estaba hipnotizando. Como cuando un gato llama a un pajarillo, para cazarlo... Ese sonido seductor, que supondría la muerte del pobre animal...

Pues eso estaba sintiendo. Se sentía hechizada, cautivada. Casi no se atrevía a respirar para no perderse el siguiente movimiento de Iván y disfrutarlo, algo así como cuando vas a la peluquería y estás deseando que llegue el momento de que te masajeen el cabello y la cabeza y cierras los ojos, pidiendo que dure «muuuucho, muuuucho tiempo».

Todos esos gestos la ayudaban a crear una conexión íntima y a aumentar la anticipación del

beso.

Y entonces oyó a Iván decir:

—Me muero por saber cómo saben esos labios. —Y cuando rozó su boca con la de Daniela... «*Booom*», Carlo carraspeó interrumpiendo el proyecto de beso, que hizo gemir a Daniela.

—¿Podemos hablar, cariño?

—Ahora no quiero.

—Es importante para ti. —insistió Carlo. Estaba muy cabreado. Tenía la cara roja como un tomate. No se sabía si era por el calor reinante en el ambiente, o porque tenía un mosqueo del copón.

—Si me disculpas. —Daniela se agarró del brazo de Iván y salieron del jardín como dos enamorados.

CAPÍTULO VEINTIUNO

MANEJANDO OPCIONES

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó todo loco Iván.

—Nada, Carlo es un payaso... Eso es, un puto payaso. —Daniela se llevó la mano al pecho. Estaba aturdida. Pero quería reafirmarse en sus pensamientos, tenía que sacudirse como fuera la influencia de aquel tipo que además le estaba empezando a dar un *yuyu* de los gordos. Se sentaron en un banco.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —La pregunta de Iván era un tanto estúpida conforme se encontraba Daniela.

—Dímelo tú. Yo vine aquí a restaurar un cuadro que le habían robado a mi yaya. Y de repente todo eso era una mierda de excusa... —Iván alzó una ceja y preguntó:

—¿Has llamado a Margarita?

—No, no. No quiero preocuparla.

—Deberías... —insinuó Iván.

—¿Tú crees? —Le miró fijamente. No se había dado cuenta de lo alto que era. Y lo moreno que estaba. Y los labios tan hermosos que tenía.

—¡Hazlo! —No era un consejo. A ella le pareció más bien una orden... «Espera, espera un momento», se dijo a sí misma. Se estaba volviendo un poco loca.

—¿Tú sabías algo de esto?

—¿De qué?

—¡Hijo, pareces tonto! ¡Conectas y desconectas en un *plis!* —Volvió a fruncir el ceño. Aquel tío que no sabía de dónde había venido, que le había contratado su primo para controlarla, le estaba diciendo que llamara a su yaya... A la enemiga número uno de los Conti.

—Llámalas. —insistió. Se levantó del banco que había en uno de los rincones del jardín y la dejó sola.

Así que, Daniela cogió su móvil y le puso un mensaje de wasap a Margarita.

DANIELA:

«Yaya, aquí están pasando cosas que no sé muy bien cómo catalogarlas».

Margarita no contestó al instante. Así que regresó a la fiesta. Martina andaba haciendo uno de sus numeritos. Se había quedado en pelotas y se había lanzado a la piscina para mayor humillación de Carlo.

Los asistentes aplaudieron y se unieron a la fiesta tirándose al agua, unos en cueros, otros vestidos...

—Te espero en mi despacho en cinco minutos. —Era la voz de Carlo. Se giró para comprobar que el tío tenía cara de circunstancias.

—No tengo ni puta idea de dónde se encuentra tu cueva.

—Iván te acompañará.

—De acuerdo. —Fue lo único que se le ocurrió comentar. Aquello se estaba enredando demasiado para su gusto. Volvió a mirar el móvil. Nada, su yaya estaba *missing*.

Echó un vistazo al mogollón que estaba en la piscina, pero allí no se encontraba Iván.

—¿Me buscabas? —Era él. Aparecía y desaparecía como un fantasma.

—Sí, acompáñame al despacho de Carlo.

—¿Te lo ha pedido él? —inquirió el hombre. Llevaba las manos en los bolsillos. Volvía a ser el hombre cutre, soso e insustancial que le parecía desde que se encontró con él en casa de la

yaya.

—Claro, ¿vamos?

—Desde luego. —Y tomó la mano de Daniela. Sonrió. Aquel tío le daba una de cal y otra de arena. Observó durante unos instantes su mano entrelazada en la de Iván. Era una imagen bonita pero trucha a tope. Lo que pensó, no pasaría nunca. Ese hombre no era su tipo. Cerró los ojos. Se encaminaron hacia la cueva del ogro. Cuando llegaron, Iván dio dos toques cortos y seguidos y dos largos. Posiblemente sería una contraseña pactada entre los primos.

—¡Adelante! —Daniela abrió la puerta. Lo que vio le puso los pelos de punta. Porque aquello era otra mierda diferente de lo que se respiraba fuera.

La habitación estaba sumida en una penumbra espesa, apenas iluminada por la luz tenue de una lámpara de mesa en la esquina. El aire estaba cargado con el olor a tabaco y a whisky de garrafón por muy raro que pudiera parecer. Daniela vio un grupo de tíos, todos bien vestidos con sus trajes oscuros y alguno que otro con alguna cicatriz en el rostro, que posiblemente podría hablar de un pasado turbio y violento.

Cuando entró en la estancia, todos los ojos se posaron en ella. El vestido rojo contrastaba con aquella atmósfera sombría. Era la primera vez que se encontraba ante una situación tan peligrosa y sabía que se encontraba en un terreno muy resbaladizo.

Deseaba escuchar lo que tenía que decir Carlo, y no tardó mucho en abrir el pico, porque dijo:

—Esta reunión es para que nos ayudes a encontrar unos tesoros... Te recompensaremos generosamente, pero si nos traicionas...

CAPÍTULO VEINTIDÓS

NEGOCIOS PARA CARLO

En algún momento de aquel día, Daniela se había perdido algún capítulo de esta serie de *suspense* que estaba viviendo en primera persona. Hubiera preferido darse un bañito fuera, que aquí en medio de los tiburones. Se había confundido totalmente de persona, de eso no cabía duda. Su mente ya no pensaba en que Carlo fuera su amante en algún momento de la vida, que lo dejara todo por ella, a pesar de las putadas que le había hecho en su profesión... Más le valdría que ni tan siquiera lo catalogara como «follamigo» Se había quedado como empanada, sin poder descifrar de manera clara qué coño hacía allí, por qué su yaya la había enviado de carnaza a los tiburones, y qué pintaba aquel cuadro de mierda que estaba hecho unos zorros y que su yaya lo quería como si fuera un *Satisfyer*.

Lo único por lo que podría poner la mano en el fuego era por la yaya que estaba *in love* con Basilio. Por lo demás... Resopló. Lo que para ella era una puta novedad, para los demás parecía ser el pan nuestro de cada día.

Qué chungo pintaba todo aquello. Volvió a mirar a Iván. El pobre parecía un tolili... O no.

Ya no distinguía quién era de fiar y quién no.

Así que llegó a la conclusión o dicho de otro modo, de lo que estaba segurísima era de que no quería volver tener a ningún tío ni encima, ni debajo, ni a los lados y mucho menos amenazándola.

Su bolsito vibró. Deseaba con toda su alma que fuera la yaya.

—Necesito ir al cuarto de baño. —Porque seguro que no le dejarían sacar el móvil y contestar a Margarita.

—Iván, acompaña la. Te doy cinco minutos. —Carlo se encendió un puro y dio un sorbo a un vaso de algo que parecía ser whisky.

El hombre dio un empujón a Daniela, para que saliera por la puerta. Cuando la cerraron Iván se disculpó:

—Lo siento, no he podido remediarlo.

—¿El qué? ¿Tratarme como si fuera un saco de patatas? No te preocupes.

—He oído vibrar tu teléfono. Míralo.

—¡No te importa si me vibra el móvil o qué!

—¡Que lo saques, joder! Carlo nos ha dado solo cinco minutos. —A Daniela le temblaron las manos. Por supuesto que tenía que cambiar de opinión en cero coma. Porque desde luego que Iván no era ningún *tolai*. Solo lo parecía. Lo que quería decir entonces, que era más peligroso de lo que se había imaginado.

En cuanto llegaron al baño, Iván la empujó dentro de una cabina y le quitó el bolsito. Sacó el móvil, lo puso delante de su cara, para desbloquearlo y accedió en un *pliki* al wasap. Daniela se lo estaba flipando todo, le entraron muchas ganas de hacer pis, así que mientras el tío aquel que decía llamarse Iván y que decía ser el primo de Carlo manipulaba su móvil, levantó la tapa, se alzó el vestido y se puso a hacer pis.

Con los nervios se le escapó un pedo.

—¡Cómo te pasas!

—¡Es que estoy muy nerviosa! ¡No sé quién eres, tu primo me está amenazando de muerte, no sé qué pinta mi yaya en todo esto, aunque me lo pueda imaginar! Da gracias a que solo se me haya escapado uno. —La chica estaba hecha un flan.

—Es Margarita. Dice que siente mucho haberte engañado un poquito.

—¡Cómooooo! —Le arrebató el móvil de las manos y leyó:

«Daniela, cariño parece que he metido tus inocentes pies en el lodazal del negocio familiar sin darte ni una pequeña explicación, ni un atisbo de advertencia. Mis disculpas, pero la vida de esta familia a veces puede ser así, un torbellino de sorpresas, je, je, je...»

Sin embargo, ahora que estás ahí, ¿podrías echarme una manita? Solo tienes que hacer lo que te vaya diciendo. De momento acepta el trato del Conti.

¡Eso sí! ¡Apártate de Carlo, ya sabes la forma en la que quiero que te alejes!... Te juro que te compensaré. Besitosssss»

—Todo bien, ¿no? —Iván estaba a su lado, acucillado con una mirada tan penetrante que no supo descifrar.

—¡Uy, sí! ¡De puta madre!

—Pues entonces volvamos a la reunión.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

YO SOLO PASABA POR AQUÍ

Totalmente grogui, Daniela volvió a la reunión. La yaya le había mentido. A los compañeros de la *uni*, los había mandado a pastar hacía ni se sabe. Total, que se encontraba en las garras del enemigo, y con una abuela que la estaba usando y que probablemente la echaría al cubo de la basura en cuanto que le hubiera sacado todo el jugo.

—¿Y tú de parte de quién vas? —Le preguntó con sorna.

—No sé qué quieres decir...

—¡Ñiñiñiñiñiñi, ni si qui quiris dicirrrr... —¡Joder, pues está bien claro, Iván! ¿Eres del equipo de la yaya o del equipo de tu primo el mafias?

—¡Entremos! —insistió Iván.

—¡Nooooo! ¡No te equivoques, amigo! ¡No entraré en esa habitación hasta que no me digas cuál es tu papel en todo este embrollo!

—Y, ¿por qué tengo que limitarme a dos opciones? ¿No te has parado a pensar que podría ser un agente doble y que estoy trabajando para mi primo y tu abuela al mismo tiempo?

—Iván, no me pongas más histérica todavía, ni digas gilipolleces. Intuyo que andas de parte de la yaya, pero necesito que me lo confirmes, sino ¿por qué te iban a interesar los wasaps de Margarita? —Iván puso los ojos en blanco.

—Ahora mismo, es más peligroso Carlo que la *nonna*, así que no te separes mucho de mí. —Y dicho esto, dio unos pequeños toques en la puerta del despacho de Carlo y entraron los dos.

—¿Todo bien? —Carlo miró su reloj. Se cumplían tres minutos de los cinco que les había concedido, para que Daniela se acercara hasta el baño.

—Perfecto. —La chica puso carita de inocente.

—Supongo que la *nonna* te habrá dicho que participes activamente en el negocio. Si consientes, hasta que comencemos con lo que nos traemos entre manos podrás restaurar el cuadrado de Margarita. Si ahora firmas y nos das tu consentimiento...

—Si no hay más remedio... —respondió altanera. Se sentó en una de las sillas que le ofrecieron. Hubo un momento de silencio. Nadie habló.

—¿Estás preparada? —susurró Iván en el oído de Daniela.

—¿Dónde está el documento? Tendré que leer por lo menos la letra pequeña.

—No hay letra pequeña, Dani. —era la voz de Carlo. Se había levantado y se había dirigido hasta uno de los muebles de la pared del fondo. Comenzó a revolver en un cajón. Enseguida encontró lo que estaba buscando.

—No he traído pluma ni boli para firmar. —Daniela miraba de un lado a otro intentando descifrar la cara de cada uno de los que se encontraban allí.

Decidió que si se encontraba a alguno por la calle se cruzaría de acera y por supuesto que, si fuera a partir del anochecer, saldría corriendo y dándose patadas en el culo.

Casi todos tenían pinta de ser unos chulos, eso sí aunque de cuarta división... Y además de eso, machistas, drogatas, y mil cosas más que no era capaz de imaginar.

—No hará falta, Daniela.

—Y entonces con qué firmo, ¿con el pulgar? ¡Ja, ja, ja...! —La risa se le cortó de cuajo, cuando vio que Carlo acababa de mostrar una pequeña navaja...

—¡Ni de coña! —Se levantó de golpe y sopetón—. ¿Pero en qué mundo vivís, pedazo de bestias?

—No te vamos a cortar el dedo Daniela, no seas exagerada. Solo necesitamos unas cuantas gotas de sangre de tu dedo índice para sellar el pacto.

—¡Sácatelas del nabo, que todavía vas puesto con el Cialis, cabrón!

En cuanto se levantó, Iván fue detrás de ella, le cuchicheó unas cuantas palabras al oído. Daniela soltó dos o tres gemidos, pero al final accedió.

—Bien procedamos a la lectura del documento. Iván tú harás los honores. Procede, por favor. —El hombre se aclaró la voz y comenzó:

—«*Los Montenegro, representados por Daniela Montenegro de Lara, poseedores de conocimientos relevantes para la localización y recuperación de las obras de arte que se exponen en un documento aparte. — Carlo alzó la carpeta donde se suponía que contenía información al respecto—. Y la familia Conti, representado por Carlo María Ponti y Parma, quienes proveerán de herramientas, medios necesarios y toda la logística para llevar a cabo la operación...*

Términos del acuerdo: *El objetivo principal de este acuerdo es la calificación y recuperación, así como la autenticación de los cuadros de pintores ilustres, con el fin de obtener los beneficios económicos para ambas partes.*

Participación financiera: *Los Conti financiarán todas las actividades relacionadas con la búsqueda y recuperación del túnel y los cuadros, asumiendo todos los costos involucrados. Una vez que se hayan rescatado los bienes mencionados, los Montenegro recibirán el treinta por ciento de las ganancias obtenidas de su venta o apropiación...»*

A Daniela le daba vueltas todo. Aquello era totalmente ilegal... Era ridículo.

—¿Dónde se encuentra todo eso? ¿Y los gobiernos? ¿Las leyes internacionales sobre la recuperación de las obras de arte, por dónde te las pasas, Conti? ¿O te van a comer los huevos por detrás?

—Cariño, tú solo firma.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LA FIRMA

A Daniela le entró un ataque de risa. Era lo más estúpido que había tenido el disgusto de contemplar. Y los tíos que tenía enfrente eran todos unos cretinos.

«¿Pero en qué mundo vivía esa gentuza? Por no hablar de la yaya...», pensó Daniela.

Se miró el dedo. Y comenzó a berrear con un llanto que no recordaba ni cuando el canalla que tenía enfrente le quitó el prestigio entre sus compañeros de profesión y la abocó a restaurar poco menos que las juntas de los azulejos de los váteres de las mansiones de los ricos, tan «hijoputas» como este.

—Daniela, compórtate y firma. Sabes que Margarita está al corriente de lo que estamos haciendo aquí. —Carlo estaba fumando uno de aquellos puritos apestosos que tanto odiaba.

Cerró los ojos. Suspiró y extendió el dedo índice. Uno de los hombres del capo sacó el cuchillo de su funda y se lo pasó al Conti.

A continuación, tomó el dedo de Daniela y le hizo una pequeña herida. Apretó la yema y comenzó a salir la sangre que impregnó el documento.

—Eso es todo —concluyó Carlo.

—¿Puedo irme ya?

—Por supuesto. Iván, acompaña la.

Salieron de aquel sitio que a Daniela le pareció un antro de mala muerte.

Estaba en *shock*.

—Sácame de aquí.

—Daniela, no puedo.

—¿Por qué? Este sitio me agobia, ¡la gente es *horribleeeee*! ¡Tú eres un... un... cerdo! ¿De qué agujero has salido, pedazo de cucaracha?

—Daniela, tranquilízate.

—¡Mis cojones! —Salió corriendo de allí. Al llegar a la entrada principal de la mansión, cogió un coche de uno de los invitados. Las llaves estaban puestas. Arrancó.

A Iván le dio tiempo a abrir una puerta y en un alarde de malabarismo, logró introducirse en el asiento del copiloto.

—¡*Frenaaaaa*! —gritó Iván, mientras forcejeaba con Daniela para que detuviera el coche.

—¡Ni lo sueñes! ¡Me piro a mi casa! Estáis todos pirados, pero además sois de los pirados peligrosos, ¡empezando por Carlo y terminando por mi yaya! ¡Mi madre me decía que no me fiara de la mierda de familia esta y menos de la nuestra! ¡Te crees que no te van a sorprender y resulta que el puto manicomio siempre tiene un sótano más abajo para gente como vosotros!

—Daniela, para por favor. A menos de doscientos metros hay una garita con guardias de seguridad armados hasta los dientes. No nos van a dejar pasar de todas maneras. Hay órdenes estrictas de no dejarte salir... Así que, ¡haz el favor de parar este *trastooo*! —Iván logró hacerse con el mando del volante. Con una destreza que Daniela no le suponía, porque pensaba que todos los Conti eran unos tarados peligrosos, controló la situación y logró detener el coche con una orden seca y firme de que pegara un simple pisotón al pedal del freno.

—¡Dios estoy metida en un lío del que me temo que no voy a salir con vida! —exclamó Daniela. El sudor le corría por la frente.

—Tranquila, eso no va a suceder.

—¿Y quién lo dice? ¿Tú? No me hagas reír por favor.

—Sal del coche... ¡Yaaaa! —La orden llegó al cerebro de Daniela en menos de un segundo. Bajó del auto. Iván la ayudó a subirse al asiento del copiloto.

La mujer parecía ida. Así que intentó tratarla con más delicadeza de lo que lo había hecho en los últimos minutos.

Además, aquel juego de psicópatas apenas acababa de empezar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

DE VUELTA AL REDIL

Habían pasado más de dos semanas. Mientras se preparaba todo aquel lío en el que habían metido a Daniela tanto su yaya como el «malababa» de Carlo, la pobre no paraba de recibir visitas de la loca del coño de Martina. Esa misma mañana sin ir más lejos, se presentó en el taller donde andaba restaurando el cuadro de la yaya. Mientras intentaba arreglar el destrozo del manazas que había rasgado la pintura, con un «reentelado» y la ayuda de Iván, la mujer entró sin ningún tipo de permiso, a joder la marrana un ratito. La tipa debía estar aburrida pues preguntó:

—¿Cuándo dices que te vas? —Daniela puso los ojos en blanco e Iván carraspeó, advirtiéndola de que no la liara parda.

—Vete con ese rollo a tu maridito. Él es el que ha decidido encerrarme aquí. —Iván y Daniela andaban afanados reforzando el lienzo por el reverso la tela. Habían detectado también unas cuantas zonas de humedades. El trabajo estaba siendo todo un éxito.

—Dímelo tú que te lo follas cuando menos me lo espero. —Martina se estaba cabreando. Daniela bufó. Esa mujer era más pesada que una vacaburra en brazos.

—Tía, estás fatal de lo tuyo. —Respiró profundamente unas cuantas veces. El trabajo iba muy bien encaminado y probablemente lo terminarían en muy poco tiempo, pero si la pesadilla de mujer que tenía enfrente seguía incordiándola, lo más seguro es que la tela de la pintura volviera a rasgarse.

—Debes tener mucho cuidado con lo que sostienes entre las manos, no vaya a ser que te pase alguna desgracia, o algún estropicio, o un pequeño descuido con algún bote... —Martina pilló una botella de acetona de un litro, y se dirigió directa hacia la mesa...

—¡Eh, *tranqui!* —Iván cazó al vuelo la botella con la que iba a regar la pintura.

—Si llegas a estropear la tela, te juro que te arranco los ojos, no tienes mundo para correr, ¡cacho *putaaaa!* —Iván tuvo que ponerse entre las dos mujeres.

—¡Martina, desaparece de aquí o hablaré con Carlo! —intervino Iván.

—¡Pírate, deja en paz a mi *maridoooo!* —Al hombre no le quedó más remedio que coger a Martina en brazos y sacarla de allí. Cuando lo consiguió, echó el pestillo a la puerta.

—No puedo con esto. —Daniela se quitó la bata blanca, los guantes y la mascarilla y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

—Tranquila. —Iván se sentó a su lado.

—¡Ya me dirás cómo! Por si tuviera poco, mi yaya no para de mandarme wasaps para ver si sé cuándo empezará la acción. De verdad que no sé qué se trae entre manos.

Se miraron a los ojos. Daniela los tenía llenos de lágrimas sin derramar.

—¿Por qué te enredaste con mi primo? Está loco y es peligroso. —Ella no contestó. No sabía cómo había llegado hasta ese punto. Se sacó un paquete de clínex del bolsillo del pantalón vaquero y se sonó los mocos. Lanzó el pañuelo hecho una bola a la papelera y encestó. Era casi la única puntería que le quedaba en la vida. En todo lo demás, fallaba como una escopeta de feria.

—No sé. Ni me acuerdo ya.

—¿Puedo besarte?

—¡Ja, ja, ja! ¿Te parece poco lo que me pasa, que quieres enredarme más?

Pero Daniela no se resistió cuando Iván acercó su cuerpo al de ella. Porque en el fondo quería saber qué tal lo hacía. Aquel día en la fiesta no llegaron a besarse, apenas fue un pequeño roce de

labios interrumpido por Carlo.

La boca de Iván se abrió sobre la de Daniela, sin que ella hiciera ningún movimiento. No la besó directamente, sino que comenzó a jugar con su labio inferior, mordisqueándolo suavemente y lamiendo las comisuras. Se apartó un poco y le preguntó:

—¿No me lo vas a devolver? —Iván acarició el cuello con la yema de los dedos, bajando hasta su pecho. El corazón le latía rápido y con fuerza.

—No sé... —respondió aturdida.

Así que Iván insistió. Un poco más cerca, un poco más adentro, un poco más de caricias con la lengua.

Por fin se introdujo en la boca de Daniela. Ella gimió y comenzó a devolverle el beso. Aquel tío besaba de puta madre. Agradecía estar sentada en el suelo, porque le estaban empezando a fallar las piernas.

Y entonces se alejó de él a gatas porque no podía empezar algo nuevo, sin haber dado carpetazo a lo antiguo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CALMA CHICHA...

Hacía unos días que Daniela e Iván se miraban de reojillo. El cuadro de la yaya estaba casi listo. Esa parte del pacto se había cumplido.

De Carlo poco se sabía. A excepción de que a principios de semana le vieron partir con un grupo de gorilas de su cuadrilla, con un montón de equipaje, poco más sabían.

Martina se había marchado con su maridito. Habían quedado una docena de gorilas para vigilarles.

Estaban tumbados en dos hamacas al lado de la piscina y efectivamente se echaban miraditas furtivas. Daniela rozó con los dedos el cuello y se tocó el *Anj* que le había prestado Iván. Cerró los ojos.

Seguía sin saber mucho más del primo de Carlo. Eso sí, era un buen restaurador en eso no tenía la menor duda.

Pero poco más.

¡Ah! Y de vez en cuando la yaya le escribía wasaps en los que le conminaba a que no se alejara de la compañía de Iván. Cuando le preguntaba por qué, Margarita cortaba los mensajes con cualquier tipo de excusa a cuál más ridícula...

Se levantó, se quitó el pareo y se metió en el agua. Bajó las escaleras de la piscina, con mucho cuidado. No era una buena nadadora. Siempre tuvo miedo a morir ahogada y eso que recibió unos cuantos cursillos de natación... La yaya la obligaba. Pero ni aun así consiguió que se le quitara la fobia al agua.

Al ratito comprobó que Iván se había zambullido. El muy cabrón nadaba como un pez.

Disimuló todo lo que pudo, mostrando una indiferencia que no sentía. El muy puñetero se hizo unos cuantos largos mientras ella luchaba por no tragar mucha agua. Porque en un alarde de heroicidad, la joven se desplazó hasta donde más cubría y la verdad es que no fue muy buena idea.

Y cuando más estaba sufriendo, Iván se acercó hasta ella y la tomó de las manos.

—¿Qué *hacessss*? —protestó Daniela.

—Me he fijado que la natación no es tu fuerte. Yo te ayudo, cariño... —Lo de «cariño», se le escapó. No quería que supiera que se estaba quedando pillado por ella.

—No te necesito. —Y se soltó bruscamente de Iván. No pasó más de un par de segundos sin que la pobre Daniela se hundiera como un pedrusco.

Iván la rescató y la llevó hasta las escaleras. Sin contemplaciones la sentó en un escalón más elevado, y le colocó las piernas alrededor de su cintura. Esta vez no le pidió permiso. La besó con pasión, jugó con su lengua y cuando notó los gemidos de ella, sus manos volaron hasta la entrepierna de Daniela.

—Me vuelves loco.

—Los gorilas de Carlo... Se aproximan. —graznó la mujer.

—¿Nos han visto? —Preguntó Iván.

—No creo... No lo sé.

—Está bien. Espérame en tu habitación en cinco minutos, ¡sal ahora! —Iván se alejó de la mujer. Comenzó a nadar a toda velocidad. Daniela disimuló todo lo que pudo. Salió de la piscina. Se tropezó. Casi se comió una mesita baja que contenía dos cócteles de naranja.

Los guardias se rieron de ella. No le importó. Se puso el pareo y se fue corriendo hacia su

habitación.

Con el corazón latiéndole con fuerza en la base de la garganta, cerró la puerta. Se apoyó un instante en una de las sillas, porque se sentía mareada. No sabía si era por el deseo, o porque se había destrozado el dedo meñique al golpearlo contra una de las patas de la mesita baja.

Se cambió de bikini. Se fue cojeando hasta uno de los cajones donde los guardaba. Eligió uno en tono azul eléctrico, con las copas triangulares que enseñaban más que insinuaban. No habían pasado ni cinco minutos cuando oyó un leve toque en la puerta.

Se tapó con el pareo y cuando fue a abrir, Iván entró como una tromba, cerró la puerta de golpe y le arrancó el sujetador y el pareo.

—Tenemos quince minutos. He recibido un mensaje de Carlo. Llegará en un momento.

CAPÍTULO VEINTISIETE

FUERTE Y CALIENTE

A Daniela le entró la risa. Todo aquello era una puta locura. Iván se sacó un condón del bolsillo del bañador. Se quedó en bolas. Se lo puso y se sentó en una silla que había al fondo de la habitación. Había cogido a la mujer en volandas y se la puso encima de las piernas.

Oyeron un crujido en la silla. Aquello no auguraba nada bueno.

—¡Mierda de silla! Te deseo... —gimió Iván.

—¡Nos vamos a caer!

—¡Que le den por culo a la silla! —Iván comprobó que Daniela estuviera húmeda. Se llevó los dedos de la chica a la boca y chupó. Aquello era maravilloso. Con un impulso la penetró...

Daniela cerró los ojos. Comenzó a balancearse. Lo sintió duro, muy duro dentro de ella. De repente la frenó en seco. Introdujo la mano entre los dos y tocó su clítoris. Estaba duro y suave muy suave.

Así que lo acarició con mucha delicadeza... Lo cogió entre el pulgar y el índice y lo pellizcó. Un poco... Sin que sintiera dolor. Aquella maniobra de Iván la estaba volviendo turulata.

En realidad, no era un «aquí te pillo, aquí te mato», era algo más, porque Iván la miraba a los ojos de manera directa. Con una extraña mezcla de deseo y algo más, totalmente indescifrable para ella en esos momentos.

¿Qué sabía de aquel tío? No tenía ni puta idea de qué pintaba en aquel juego retorcido.

Pero follaba como los dioses.

Y eso que su primo le hacía virguerías...

Iván la cogió por el culo y comenzó a subirla y bajarla sobre sus piernas.

Follaba con alegría, con destreza...

—¡Iván, no puedo aguantar más! ¡Quiero moverme más deprisa! —Estaba fascinada... Acercó su boca a la del hombre... La lengua entraba y salía como lo hacía su polla, al mismo ritmo.

—¡Joderrrr! —exclamó el hombre. La ventana estaba abierta. Fue entonces cuando escucharon el ruido de los motores de los coches que estaban aparcando en la glorieta.

Daniela se llevó el puño a la boca... Se corrió de forma frenética. Iván lo hizo apoyando la cabeza en el hombro de la mujer.

Con la respiración entrecortada, cogió en brazos a la chica, la depositó en la cama, se puso el bañador y se fue en un visto y no visto.

El silencio inundó la habitación. Era como si no hubiera ocurrido nada.

Pero había pasado... Y mucho.

Tenía todo el cuerpo sensibilizado. Aún se sentía llena y con el sexo palpitante.

Oyó las voces de Carlo y de Martina discutiendo por el pasillo.

«Y, ¿cuándo no era fiesta?», sonrió.

Se levantó a toda prisa, para meterse en la ducha.

Tenía que borrar todos los rastros de deseo. Porque el orgasmo había sido bestial y evidentemente que algo se le tendría que notar en la cara.

Seguro que tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas por el placer.

Así que se metió en la ducha, no sin antes coger el móvil.

En algún momento había sonado el teléfono. Era el ruidito del wasap.

Y el mensaje era de la tía... Lo leyó a toda prisa mientras abría el grifo de la ducha:

YAYA:

«Daniela, he recibido un wasap de Carlo. Todo está preparado. Viajarás hasta Polonia. No te separes de Iván. Él es nuestro enlace...»

Era de esperar, lo borró por si acaso...

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LOS PREPARATIVOS HACIA LA MINA

A pesar de su mujer, Carlo se encontraba exultante. Rodeado de sus gorilas, convocó una cena a la que debía acudir Daniela.

La asistencia era obligatoria. La mujer quiso tantear el terreno, haciéndole una seña a Iván, pero no pareció haberla visto o bien la evitó a posta, porque cuando Carlo terminó de ladrar las órdenes, todos se dirigieron a sus habitaciones hasta la hora de la cena.

Apenas llegó a su habitación, miró al móvil para ver si había recibido algún wasap de Iván. Nada. El teléfono había muerto. No sabía qué significaba todo eso, después de lo que habían compartido.

Quizás no tuviera paciencia. Así que salió a la terraza a tomar el aire. Se sentó en la silla donde habían hecho el am... Bueno, donde habían follado.

Se tocó la cadena que le había prestado Iván. Le hacía sentir diferente. Era muy distinto de su primo Carlo. Al principio le pareció un tolili, un insulso, casi tirando a fracasado. Tenía la cochina manía de prejuzgar a la gente, y así le iba... Como el culo.

Pero resultó que estaba haciendo el paripé y se había puesto de parte de la yaya.

Lo del viaje a Polonia, no le había sonado nada raro. Carlo era un fantasmón y se había tragado aquel rollo que pululaba hacía unos cuantos de años sobre un tren enterrado en una mina, lleno de cargamentos de oro, joyas y obras de arte, escondido por los nazis, y unos cazatesoros que aseguraron haber dado con la localización de dicho tren.

El caso es que la yaya nunca daba puntada sin hilo. Y si estaba metida en este negocio tenía que ser por algo.

Todas esas ideas daban vueltas y vueltas en su cabeza cuando oyó que alguien le chistaba desde la terraza de al lado. ¡Era Iván!

—¡Dani! ¡No te asomes! ¡Acércate! —La mujer no se cayó ahí mismo porque estaba acostumbrada a los sobresaltos, si bien sintió algo burbujeante que le subía por el pecho, algo parecido a lo que ella suponía que era la alegría desbordante

—¿Así? —Daniela cogió una silla y se sentó ni muy cerca ni muy lejos de la pared medianera entre las dos terrazas.

—¡No me mires! Esta noche cogeremos un avión privado hasta Mgtopociac, al sudeste de Polonia. El muy gañán está empeñado en que...

—¡Ya, no sigas! Sé de qué me estás hablando.

—Durante ese tiempo deberás acercarte a Carlo. Ya sabes hasta qué punto. Pero sin pasarte... Si quiere juerga, que se folle a su mujer.

—No te entiendo. —Daniela, quedó totalmente desconcertada.

—Sí, lo entiendes —repitió Iván—. Es posible que haya recibido algún tipo de información que no controlamos y tú serás quien la confirme. No volveré a hablar contigo hasta que todo se haya resuelto. —Daniela tuvo el impulso de levantarse y protestar... Pero escuchó cómo cerraba el ventanal con lo que no pudo replicar...

«¡Mierda!», se oyó decir. No sabía cómo debía tomarse aquella conversación. Se fue hasta el armario, eligió un pantalón y una camiseta de manga larga. Todo sencillo. Como para salir zumbando en cuanto el cabrón de Carlo chasqueara los dedos.

El móvil volvió a vibrar. Miró la pantalla y se quedó helada. Era un wasap de Carlo:

«Nos vamos esta noche a Polonia. Necesito que valores la autenticidad de algo... Haz tu

trabajo, mantén la boca cerrada y no te atrevas a ser un problema».

No pasó ni un minuto. Llamaron a la puerta. Pensó que podría ser Iván.

Pero no. Los hombres de Carlo entraron en la habitación sin ningún tipo de ceremonias, arrebatándole el móvil de la mano con una fuerza que la dejó paralizada por un momento, con el corazón golpeándole el pecho descontroladamente.

En el pasillo se encontraba Carlo, que se limitó a extender la mano para recibir el teléfono. Lo único que musitó fue:

—Gracias.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

EL VIAJE

La cena fue frugal. Daniela tenía el miedo metido en el cuerpo. Las explicaciones de Carlo fueron escuetas.

Viajarían hasta Mgtopociac, y luego en todoterreno hasta el lugar indicado.

¿Y cuál era el sitio indicado? Aunque Daniela preguntó, Carlo no contestó. Había pasado de ella como de comer mierda.

Por otro lado, Iván cumplió con su promesa de no hablar con ella. Le hizo un gesto de que le habían confiscado el móvil, pero no pareció advertirla.

El caso es que se encontraba sola, porque con la yaya tampoco podía comunicarse.

Así que se agarró a su instinto y se relajó todo lo que pudo...

Hasta que le vendaron los ojos y la metieron en un coche. Para que no gritara, la amordazaron y le ataron las manos a la espalda.

Aquello no lo esperaba, y empezó a hiperventilar. Se meó encima, la temblequera que le entró fue tan grande que la tuvieron que llevar en brazos hasta la cabina del avión.

Alguien le cambió los pantalones, y le puso otros.

—Eres una cerda... —No le cabía la menor duda de que era Martina. Le bajó la venda de los ojos y la miró fijamente.

—¡Martina! ¡Vuelve a tu asiento y abróchate el cinturón! —ladró Carlo.

—Yo me sentaré a su lado. —Sintió la mano de Iván en la suya. Poco duró la emoción en Daniela, porque:

—No te molestes, yo lo haré... —La mano de Carlo le bajó la venda de los ojos, y la mordaza de la boca.

—No era necesario que hicieras esto. —Daniela tosió y escupió en el suelo.

—Lo siento. No puedo arriesgarme contigo.

—No vas a encontrar nada. Creí que eras más listo, pero veo que no te queda ni media neurona si piensas que existe el tesoro.

—Ya hemos cavado en una mina a varios metros de profundidad a lo largo de doscientos metros de las antiguas vías del tren. Y hemos encontrado algo que tiene toda la pinta de ser auténtico. Tú nos lo confirmarás...

—¿Y qué pasa si me niego?

—No volverás a ver a la *nonna*. —La sonrisa que Carlo le dedicó a Daniela fue escalofriante. Y lo peor de todo aquello era que no sabía si la amenaza que acababa de soltar significaba que mataría a su yaya, se la cargaría a ella, o las dos cosas a la vez...

—No estás hablando en serio —fue la chorrada que se le ocurrió soltar a Daniela.

—¿Quieres comprobarlo? —Carlo tomó las manos de Daniela y le apretó las muñecas con fuerza. Tanta, que soltó un grito de dolor.

—Me haces daño... ¿Ya no significa nada para ti?

—Dani, siempre se te olvida que los negocios son los negocios... Ya sabes que para hacer una tortilla hay que cascar algunos huevos...

—¡Suéltame! —La mujer intentó deshacerse del apretón de Carlo, pero solo consiguió que la estrujara con más presión.

—Si todo va bien, y no me fallas, volveremos a recuperar lo que perdimos. Todo depende de ti. —Carlo la soltó y volvió a su asiento, no sin antes amordazarla nuevamente.

La mujer estuvo aguantando el llanto todo lo que pudo. Pero la situación pintaba negra, muy negra.

Quizás no volvería a ver a su yaya, ni a Basilio.

Como para ponerse a pensar sobre aquella incipiente relación que pintaba tan bonita con el insondable de Iván.

Desde la cabina del piloto se anunció que aterrizarían en veinte minutos. El viaje hasta la mina lo harían en un par de todoterrenos.

CAPÍTULO TREINTA

CLAUSTROFOBIA

La entrada a la mina se encontraba escondida en un remoto y escarpado rincón en las montañas, rodeada de un paisaje agreste y desolado. Habían pillado a las seis de la mañana los todoterrenos. Daniela tenía la cara demacrada por el miedo y la falta de sueño.

Parecía el perro de Carlo. Solo le faltaba una correa atada al cuello para que no pudiera escapar de sus garras.

Iba sentada detrás con Iván. Pero este actuaba como si no la conociera de nada.

El camino que llevaba hasta allí tras serpentear entre abruptos barrancos pasaba a través de un denso bosque de coníferas que bloqueaban la luz del incipiente sol, sumiendo el trayecto en una penumbra perpetua.

Total, que cuando se aproximaron suficientemente bajaron de los coches y emprendieron el camino a pie.

El sendero de tierra era un desafío en sí mismo, con curvas cerradas y empinadas pendientes que exigían mantener la concentración para no tropezar y joderse los tobillos.

A medida que se acercaban, el sonido de los pájaros y el murmullo de los pequeños animalillos desaparecieron, dejando un silencio sepulcral roto solo por el crujido ocasional de alguna madera pisada por el grupo.

Llegaron finalmente a través del camino a una pequeña explanada, frente a la entrada de la mina.

Un viejo cartel oxidado y apenas legible advertía del peligro de todo aquello, añadiendo un aire de abandono y misterio al lugar.

—Entraremos los cinco —comenzó Carlo. Había señalado a dos guardianes y a Daniela e Iván.

—Yo no pienso entrar, padezco de claustrofobia —añadió solemne Daniela. La pobre mujer tiritaba de frío.

—Tú misma —respondió Iván. La mujer giró bruscamente la cabeza. No esperaba que precisamente él fuera a darle la puntilla.

—De acuerdo. —consintió.

Cargados de linternas, cuerdas y demás herramientas entraron en la mina.

El aire era pesado y rancio con un olor a moho y tierra que penetraba en los pulmones, dificultando la respiración. Daniela estaba aterrada. Tosía y se paraba a cada pocos pasos, obligando al pequeño grupo a detenerse.

El estrecho túnel enmarcado por una estructura de madera envejecida y carcomida por los años parecía la boca de una bestia esperando devorar a todos los suficientemente osados para entrar.

Según avanzaban encontraron pequeñas señales de la actividad minera en otra época: carros oxidados, herramientas abandonadas, cascos y velas, vías de tren...

Llegaron hasta un montacargas. Montaron en él. Bajaron unos cuantos metros. Y por fin, cuando abrieron las puertas de malla del montacargas, caminaron hasta una pared que tenía practicada una puerta de acero.

El sudor cubría la cara de Daniela. Se permitió echar una ojeada al rostro de Iván. Era impenetrable. Ni puta idea de lo que podía estar pensando en ese momento.

—¿Todo preparado? —Carlo interpeló a uno de sus hombres.

—Todo está dispuesto, señor. —Carlo asintió. El guarda accionó un control remoto y la puerta blindada se abrió.

Atravesaron la entrada y avanzaron por un pasillo estrecho que desembocaba en otro montacargas. Descendieron unos cuantos niveles.

Llegaron a una nueva puerta accionada por un mecanismo aún más complejo. El acceso solo se abriría si aquel aparato biométrico montado sobre la pared capturaba una imagen de alta resolución de la retina de Carlo y de otro guardián en caso de necesidad.

Como así ocurrió. Y lo que Daniela vislumbró cuando se deslizó fue increíble. Parecía que acababa de entrar en la cueva de Alí Babá, pero trasladada al siglo XXI.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

MI TESORO...

Las lámparas que iluminaban la «caverna» eran modernas tipo LED, nada de tungsteno y estaban montadas en soportes de metal, fijadas a las paredes. Cada lámpara estaba equipada con sensores de movimiento, activándose automáticamente al detectar la presencia de una persona. Esto aseguraba una iluminación óptica sin desperdicio de energía que allí era tan necesaria.

Carlo les explicó a Daniela y a Iván que por supuesto había instalados discretamente detectores de terremotos que monitoreaban constantemente la actividad sísmica con sistema de alerta temprana.

También les señaló los higrómetros de precisión y los sistemas de ventilación, incluyendo purificadores de aire de alta eficiencia que mantenían un sistema de aire saludable.

A Daniela le daba vueltas la cabeza. Que le hablara Carlo de todo aquello se la traía floja. Porque aquello era un museo oculto.

Un museo dispuesto de manera ordenada y sistemática...

Se acercó hasta unas vitrinas de vidrio, donde había monedas de oro clasificadas por época y procedencia y organizadas en estantes...

Paseó de forma lenta para comprobar que en una sección separada había cofres finamente trabajados en madera, con joyas maravillosas: collares, brazaletes y anillos dispuestos en almohadillas de terciopelo, muchos de ellos con gemas que brillaban con una intensidad hipnótica...

Daniela tuvo que sentarse en un banco de madera, porque no daba crédito a sus ojos.

A su lado se sentó Iván. Parecía que sentía lo mismo que ella, pero no se atrevió a hablar.

Dirigió la vista a lo que supuso que era el corazón de aquella caverna.

Sobre un pedestal se encontraba un cuadro... A su alrededor, contempló vitrinas que supuso de vidrio blindado y que albergaban más objetos preciosos: pergaminos antiguos, documentos que ciertamente serían históricos en estuches de cuero, cada uno etiquetado con descripciones que intuyó de lo más detalladas, estatuillas de marfil y bronce, libros encuadernados en cuero con sus lomos hacia fuera, invitando a ser leídos...

Barriles sellados, cajas de madera rotuladas con esmero...

—¡Dios bendito! —susurró Daniela. Rompió el silencio casi reverente de aquella «cápsula del tiempo».

—¡Menudo santuario, primo! —exclamó Iván.

—Solo necesito que me confirmes que ese cuadro es original —se dirigió exclusivamente a Daniela. Lo que pensara o dejara de pensar Iván, el *tolili* de la familia, se la sudaba.

—¿Ahoraaaa?

—No, no es necesario. Te daré un par de días.

—Ok, ¿nos podemos ir ya? —Daniela se levantó. Tenía unas ganas horribles de marcharse de allí.

—No tan deprisa, cariño. Te quedarás dos días aquí para descifrar el enigma. —Sonrió con malicia.

—¡No puedes hacerme *esooooo*! —Daniela gritaba, presa del pánico.

—¡Está decidido!

—Yo me quedaré con ella —Iván tocó el hombro de Carlo.

—No hace falta, Iván. Un guardián pasará dos veces al día a traerle la comida y la cena. En

aquella puerta de allí tiene un cama y un váter... No le va a sobrar tiempo.

—Si la estresas demasiado, no será capaz de llevar a cabo la tarea que pretendes que haga...

—Iván insistió. Intentaba que aquello no le afectara en absoluto para que Carlo no sospechara demasiado. Le miró fijamente a los ojos. Sin parpadear. Iván le sostuvo la mirada. Todo el tiempo, sin miedo... Porque el hijoputa podría descubrirle y se vendrían todos los planes que estaban preparados en el exterior, abajo.

—Está bien —concluyó al cabo de un rato que pareció una eternidad.

—No te arrepentirás —contestó con un deje arrastrado.

—Más te vale. —Carlo desapareció tras el ruido del acero de las puertas que les dejarían aislados.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

A CONTRARRELOJ

Daniela sintió cómo la claustrofobia comenzó a apoderarse de ella. Un sudor frío le recorría la espalda, mientras que la respiración se volvía errática y superficial.

Le dio por pensar que cada una de las paredes de aquel antro lujoso se aproximaría poco a poco transformando el espacio en una trampa de mierda opresiva, que acabaría despachurrándola...

Se llevó la mano al pecho. Su corazón latía con fuerza, resonando en sus oídos como tambores en la lejanía. El eco de sus propios pasos y la falta de aire fresco la hacían sentir como si estuviera siendo asfixiada por la oscuridad o por todo el peso de la montaña en la que se encontraba... O por todo a la vez.

Mientras Carlo e Iván discutían sobre la posibilidad de dejarla sola, cosa que la paralizaba de terror, se acercó hasta el cuadro, extendiendo los dedos hasta el óleo.

Los sentía rígidos y fríos... Carlo se había vuelto tarumba si pensaba que en dos días podría identificar como auténtico un cuadro que a primera vista podría ser... Pero que en cualquier caso era tiempo insuficiente a la vista de que algunos expertos tardaban más de tres años en descifrar las claves para darle señas de identidad...

Volvió a sentarse en el banco. Cerró los ojos y trató de volver a recuperar la respiración de manera natural, recordando algunos ejercicios de yoga que había aprendido hacía unos meses, cuando se quedó encerrada en un ascensor y perdió el conocimiento ante el pánico que le produjo sentirse sola y encerrada en aquel lugar tan pequeño y asfixiante.

En cuanto cerraron las puertas de acero, Iván se acercó hasta ella y le dijo:

—Daniela, no va a pasar nada. —La abrazó.

—No, ¡qué va! Nunca llegué a pensar que a Carlo le hiciera falta una camisa de fuerza, pero esto... ¿Tú sabes el tiempo que hace falta para saber si ese cuadro es auténtico?

—Lo sé...

—¡Moriremos asfixiados! ¡El cabrón no se conformará!

—¡Daniela! ¡Escucha! ¡No va a pasar nada de eso!

—¡No tengo la formación suficiente sobre Caravaggio! —gritó hecha una hiena.

—No hace falta... —Iván se agachó hasta donde se encontraba y le acarició el pelo.

—¿Acaso ha hecho radiografías, reflectografías infrarrojas, análisis de pigmentos...?

—¡Sí! —Iván la abrazó.

—¿Inspección ocular? ¿Catálogos de subastas, testamentos, inventario de bienes...? —Los ojos de Daniela se salían de las órbitas. Se quedó paralizada. Ahí había algo que le estaban ocultando no solo Carlo, sino también la yaya e incluso Iván.

Iván comenzó a dar vueltas por la estancia. Había llegado el momento de hablar y de sincerarse con la joven.

—Te debo una disculpa, Daniela.

—¿A mí? ¿Por qué?

—En realidad... —titubeó. Se dirigió al baño. La estancia era grande. Había instalada una pequeña nevera de la que sacó una botella de agua.

—En realidad, ¿qué? —Daniela empezaba a sentir calor. Le sudaban las axilas, la frente y el cuello. Se quitó el jersey y se quedó en camiseta. Le arrebató la botella de agua y bebió con angustia.

—Carlo tiene dudas de que el cuadro sea un Caravaggio. Y la *nonna* posee un documento que podría certificar su autenticidad. Pero solo podría...

—¿Mi yayaaaaa? ¡No me lo puedo creer!

—¿Y por qué me ha traído hasta aquí?

—Alguna vez te escuchó decir que Caravaggio nunca firmaba sus obras a excepción de las primeras.

—Dada su juventud y su manera de pintar, los mecenas de aquella época no creían que hiciera ese tipo de maravillas con las manos... Así que firmó algunos, sí. Tuve la ocasión de comprobarlo en una exposición privada.

—Quiere que descubras si este cuadro está firmado.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

BUSCANDO LA AGUJA EN EL PAJAR

Se acercaron hasta el cuadro. Se encontraba bastante deteriorado. Representaba a un dios con una corona en la cabeza. En la mano llevaba unas uvas, pero algún grano estaba podrido. El observador lo podía comprobar si se acercaba un poco y veía el agujero con la cabeza de un pequeño gusano que apenas sobresalía. El silencio de la estancia roto por algún sonido pequeño se convertía en un estruendo en la mente de Daniela. Se obligó a concentrarse en el cuadro. Apoyó delicadamente las yemas de los dedos en la tela. La textura del óleo le produjo algo de tranquilidad.

—Tiene la boca un poco abierta como *El Baco enfermo*, y los tres dientes que le quedan, están podridos... ¿Hay alguna linterna aquí entre tanta riqueza? —preguntó Daniela mordaz. Aún le temblaban las manos. Iván volvió a meterse en el cuarto del fondo y anduvo rebuscando en un mueble hasta que encontró una linterna de led.

—Ten.

—Gracias. Mira el color y la textura de su piel... Cerúlea, arrugada. El rostro puede ser el de su amigo romano, Mario solo que, transformado por la vejez y la enfermedad, todo producto de su imaginación.

—Y las frutas del frutero están picadas... Mucho más que en *El Baco*...

—Veamos si encuentro la marca. Ayúdame a bajarlo del atril. —Con cuidado lo dejaron en el suelo. No pesaba gran cosa pues el marco era sencillo y muy estrecho. Desde luego no era el original.

—¿Dónde viste las marcas? —Era Iván el que sostenía ahora la linterna, mientras Daniela se arrodillaba.

—En la fruta.

—¿Alguna inicial? —La mano de Daniela atrajo aún más la linterna que sostenía Iván.

—No. —La mujer se tumbó en el suelo. Le pidió a Iván que moviera la tela para que tuviera un mayor acceso a sus ojos, que aún lagrimeaban por la situación tan extrema. No quería pensar, pero se le venían pequeños *flashes* a la cabeza de su yaya y Basilio... Y le daban ganas de gritar sin parar.

—Tranquila, cariño.

—¿Qué sabes de la vida del pintor? —le preguntó Daniela.

—Seguro que menos que tú. —contestó Iván. Daniela se quedó por un instante contemplando el color de los ojos de aquel hombre. Eran maravillosos. Una pena que le odiara tanto como a su yaya... Se podían ir todos a la mierda un poquito.

—¿Sabes que de joven padeció malaria?

—Claro. Italia en aquella época tenía el dudoso honor de poseer los mayores índices de la enfermedad.

—¿Ves las uñas azules en la mano del dios? Es otro de los síntomas.

—Desde luego era un tío detallista.

—Probablemente este cuadro pertenezca a una serie de tres. Entre *El Baco enfermo* y *El muchacho de las uvas*. —Daniela se puso en pie. Se fue al váter. Hizo pis. El pánico había desaparecido. Ahora sentía un odio increíble.

—¿Daniela? —La voz de Iván sonó al otro lado de la puerta—. ¿Estás mareada?

—¡Estoy muy cabreada! —Se limpió, se subió las bragas y los pantalones y tiró de la cadena.

Se lavó las manos y salió nuevamente a la estancia.

—¿Has encontrado ya la señal?

—El paludismo no se empezó a combatir hasta finales del siglo XIX con la quinina, y ya en el siglo XX con insecticidas y mosquiteras.

—Continua, por favor. —Iván apagó la linterna y se sentó a su lado.

—Caravaggio era un tío muy listo y avispado además de un asesino irredento... Probablemente supo que los mosquitos tenían algo que ver con la enfermedad. No imagino cómo llegó a relacionarlo, pero él sabía que eran los causantes de que padeciera aquel mal insano y que estuviera muy grave durante al menos seis meses.

—¿Y todo eso qué tiene que ver con sus señas de identidad?

—Fíjate en la tercera uva que está situada entre su dedo meñique y su regazo. —Iván se levantó, encendió la linterna y enfocó justo en el lugar que le indicó Daniela.

—¿Una mosca de la fruta?

—No, es un mosquito. El mosquito *Anopheles*, causante de la malaria. Le está picando en el dedo.

—Ya veo...

—En los otros dos cuadros de la serie también se encuentra la marca. Además de los documentos que posea la yaya, esa pequeña seña de identidad también le ayudará a negociar lo que sea que se traiga entre manos con el Ponti.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

NEGOCIACIONES

—Es *El sátiro*, no hay duda.

—Bien por ti. Y ahora, ¿qué? —Daniela estaba hasta los cojones de todo aquello. Nada era lo que parecía, nadie era quien decía ser, así que se relajó y sacó de una vitrina que estaba medio abierta un torque de oro. Aquella joya parecía griega o romana, en cualquier caso, clásica y era una auténtica maravilla.

—Saldremos de aquí.

—¿Cómo? ¿Arrancándole el ojo al segurata y poniéndolo en el visor?

—No hace falta ser tan desagradable... —En ese momento le pidió que enrollara la tela y que la metiera en un tubo portaplanos. Daniela se encogió de hombros e hizo lo que le pidió. Se quitó el torque y lo devolvió a la vitrina. Cuando se giró, contempló estupefacta que Iván estaba al otro lado de la puerta de acero hablando tranquilamente con el guarda... Le abrazó y le revolvió el poco pelo que tenía en la cabeza.

—¡Señorrita, dese *prissa*! —El guarda gesticuló con la mano, haciendo un montón de aspavientos. La mujer no supo si reír o llorar... Aquello definitivamente no podía ser obra, sino de su yaya.

—¡Vamos, nena! —Iván tomó la mano de Daniela y corrieron hasta el montacargas.

—¿Y Carlo?

—Negociando tu libertad y el precio del cuadro con la *nonna*.

—¡No me lo puedo creer! —El montacargas ascendía de forma lenta haciendo unos ruidos espantosos. Cuando llegaron al primer nivel, siguieron corriendo hasta el otro ascensor, pero en vez de escapar por la entrada por la que penetraron, usaron las cuerdas para ascender hasta un hueco que estaba a unos veinte metros de distancia de donde se encontraban ellos.

Iván corría detrás del guarda. En menos de cinco minutos los seguratas de Carlo harían la ronda y descubrirían todo el pastel.

Cuando estuvieron en la superficie, un coche les estaba esperando en la vereda del camino. Entraron prácticamente a empujones.

—¿Todo bien, Dani?

—¿*Basilioooo*? ¿Dónde está la *yayaaaa*?

—En el hotel Palazzo a veinte kilómetros... Iván, gracias por proteger a nuestra niña. —Basilio se dirigió con toda la solemnidad del mundo a aquel hombre que ahora resultaba que era íntimo de la yaya.

—Ha sido todo un placer, Basilio. —sonrió Iván.

—*Señorrita*, Iván es un hombre *marravilloso* —intervino el guarda.

—¿Cuánto tiempo hace que lleváis organizando todo esto? —preguntó incrédula, Daniela.

—Mucho, quizás demasiado —respondió Basilio. En ese momento pegó un frenazo, y se desvió por un camino secundario. Los hombres de Carlo estaban a punto de descubrir el pastel porque se escucharon en la lejanía ruidos de motor. Pasado un tiempo prudencial, volvieron a la carretera y Basilio condujo a toda velocidad...

—¿Pongo el wasap, *señorrr*?

—Ya estás tardando, Dimitri. —El tal Dimitri sacó un móvil del bolsillo, y tecleó a la velocidad del rayo unas palabras.

—¿Estás escribiendo a mi yaya?

—Es lo convenido, *señorrita*.

—Exactamente Margarita recibirá el mensaje de uno de nuestros hombres y la evacuarán en unos segundos —continuó Iván.

—¿Y yo por qué no sabía nada de todos estos chanchullos? —inquirió Daniela. Se revolvió incómoda en el asiento. Estaban a punto de llegar a la ciudad.

—No era cuestión de arriesgar tu vida. —siguió Iván. Giró el rostro de Daniela y le besó la boca con suavidad.

—¡Ahí está! —exclamó Basilio. Era Margarita. Se encontraba en una cafetería al lado del hotel tomando un cóctel y luciendo un sombrero maravilloso de color amarillo tipo campana, con las alas enormes. Como era alta y estilizada le sentaba de maravilla.

—¡Ya la veo! ¡En cuanto me la eche en cara...! — chilló Daniela.

—¿No es maravillosa? —suspiró Basilio.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

EXPLICACIONES

Alrededor de la mesa de jardín se encontraban Margarita, Basilio, Iván y Daniela celebrando que todo había salido a pedir de boca.

—¡La cara de gilipollas que puso Carlo cuando le dije que no tenía nada que hacer sino quería que le denunciara a la Interpol, fue de traca!

—¿Desde cuándo hablas así de mal, yaya?

—Lo siento, Dani. Sabes que no me gusta en absoluto pronunciarme así, pero es que Carlo es un gilipollas y no hay otra palabra que le describa mejor y más certeramente. —La mujer se llevó el tenedor con un trozo de salmón a la boca.

—Yo solo quería mi cuadro, y el que restauraste. Lo demás se lo puede meter por el culo. Que negocie, que venda, que especule con todo ese cargamento de la mina, y con el gobierno corrupto de turno.

—Mi Marga, eres una caprichosa, amor. —Basilio se limpió la boca con la servilleta y besó apasionadamente a su mujer. Ya no escondían absolutamente nada. Daniela pensó que ya estaba bien de jugar al escondite con todo y con todos.

—Yaya, tú eres un pelín «corrupta» también, ¿no? —Daniela tomó la copa de vino y bebió un buen trago. Le inquietaba muchísimo estar sentada al lado de Iván. Apenas sabía nada de la relación que le unía a la yaya y desde cuándo empezó a trabajar para los Montenegro y dejó tirados a los Conti.

—Yo también he negociado, cariño. Bueno concretamente a través de nuestro Iván. —Margarita alzó la copa en dirección al hombre de ojos rasgados y brindó por él y por el día en el que se cambió de equipo.

—¿Qué has hecho? —inquirió curiosa Daniela.

—Hemos cedido la obra que restauraste de forma permanente y *El sátiro* de forma temporal, durante un año, al Museo Nacional de Pintura, a cambio de mantener el anonimato del propietario...

—Lo siento, yaya. Veo que eres más lista de lo que pensaba. Nunca volveré a dudar de tu honestidad... —Las risas llenas de ironía de los comensales inundaron el jardín.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

IVÁN Y DANIELA

Iván había pedido a Daniela salir a dar un paseo por la playa. El reflejo de la luna llena en el mar, la *mangata*, era impresionante.

Paseaban cogidos de la mano, aunque Daniela sentía cierto resquemor por todo lo que le había ocultado. Así que permaneció en silencio esperando a que Iván se decidiera a darle una explicación.

—Supongo que querrás saber...

—Tú dirás... —Daniela se deshizo de la mano de Iván y se sentó en la arena. Se arrebujó en la *pashmina* porque la brisa era más bien fría.

—No me gustaba cómo el padre de Carlo trataba a los míos. Era un fanático... Entré en el círculo a cambio de que cesaran las hostilidades.

—Pero desapareciste... Hacía más de veinte años que nadie sabía de ti.

—Eso fue lo que concertamos. Yo le haría el trabajo sucio a Carlo. Hablar con las autoridades, blanquear negocios de arte... Todo en un segundo plano, pasando desapercibido. Y desde luego que no me reconocía en absoluto mi trabajo... Entonces un día en una subasta en Christie's conocí a la *nonna*. Andaba detrás de un Tiziano...

—¡Ostras! ¿El que perdió?

—Exacto... Yo se lo arrebaté. —El hombre agachó la cabeza, como si todavía estuviera arrepentido de todo aquello.

—Ja, ja, ja... ¡Qué fuerte!

—Y tanto. Basilio estuvo detrás de mí, más de un año...

—¿Detrás de ti? ¡No me asustes! —Daniela se llevó la mano al pecho. No quería imaginar a la pareja de la yaya, como a un criminal.

—¡Qué va! Margarita me necesitaba en su equipo... «Quiero a los mejores conmigo», me dijo. Me untó bien... Tanto como para que no la abandonara en la vida. Me juró fidelidad si yo le era recíproco.

—Nunca me dijo nada... —La voz de Daniela sonó apesadumbrada.

—Quería que terminaras tus estudios de forma tranquila y aislada de todo este mundo.

—¡Claro! ¡Hasta que comprobara que servía para el negocio!

—Eres maravillosa, Daniela. Tienes un buen ojo con la autenticación de los cuadros y además tus manos son... Una auténtica joya para restaurar cuadros...

—Nunca me habló de ti. Yo... Te he considerado un tío insípido... Lo siento.

—Es complicado ser un topo. No puedes llamar mucho la atención, ya sabes.

—Carlo... Es un criminal. Da miedo.

—Sí, lo es. Hay que andarse con mil ojos con él y su banda...

—Pero ¿no te buscará? Ya sabes —Daniela le interrumpió.

—Es probable. —Iván se tumbó en la arena.

—¿No tienes miedo?

—No.

—Comprendo. —Pero no entendía una mierda. A ella le había costado casi la vida el deshacerse de la influencia de Carlo, tanto física como emocionalmente. Se levantó y empezó a andar en dirección a la casa de la yaya.

—Daniela —dijo Iván.

—¿Sí?

—Me gustas mucho. Siento algo por ti que no sé cómo explicar.

—¿Pero? —Ella sabía que ahora vendría lo peor. Sentía algo extraño en su interior que le indicaba que aquello debía terminar.

—Desapareceré durante una temporada. Espero que no sea por mucho tiempo.

—¿Lo sabe mi yaya?

—Sí. Nos veremos pronto. Te lo prometo.

—No lo creo. —No dijo más. Daniela salió corriendo. Esto iba a ser un poco duro. Se había quedado vacía por dentro. Cuando entró en casa, se dirigió a su habitación. Se acostó. Se tapó la cabeza con la almohada y comenzó a llorar.

No creía en las promesas de los tíos... Gran parte de su vida había ido detrás de uno que era un mafioso, un cabrón, un rancio y una mala persona.

Su primo no iba a ser menos. Aunque trabajara para la yaya. Tenía pinta de querer ser un alma libre. Había estado atado a una familia peligrosa y era lógico que quisiera emprender un nuevo camino.

El tema era que no sabía cómo iba a hacerlo. Ni tan siquiera ella estaba segura en aquel lugar. Y todo por unos cuadros de un tío que toda su vida había estado luchando entre la luz y la oscuridad.

Como su familia, o la de Carlo. Aquellas familias vivían en medio de las contradicciones, en la fina línea que separaba lo legal de lo delictivo.

Huyendo una y mil veces para intentar encontrar un hogar, el definitivo, y para ello si tenían que valerse del odio, la violencia, la extorsión o incluso la muerte...

No quiso pensar más. Cerró los ojos con fuerza.

Mañana cuando se levantara, le diría a la *nonna* que ella se marcharía de aquel lugar.

Intentaría comenzar de nuevo, en otro sitio.

A ver si pudiera ser. Porque Margarita era muy persuasiva cuando se lo proponía.

De hecho, oyó que daban unos pequeños toques en la puerta...

—Dani, nena... Tenemos que hablar. —Daniela no contestó al momento. No tenía el ánimo suficiente para enfrentarse a Margarita.

—No.

—Está bien, mañana a las diez te espero en el jardín, para desayunar. No me puedes fallar.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

ÚLTIMAS NOTICIAS

Daniela se despertó a las nueve y media. Había puesto el despertador. No quería defraudar a su yaya. Porque al final sucumbía a sus encantos. Tampoco es que le quedara mucha más familia con la que pudiera contar. Se duchó y bajó hasta el jardín.

Allí se encontraba Margarita sentada leyendo en la tableta.

—¿Has dormido bien? —Puso la mejilla para que Daniela se la besara.

—No me quejo. —Sin embargo, bostezó.

—Ya veo. Basilio, pon música. —La voz de Damiano David inundó la estancia con su *Supermodel*.

—Ummm, «Måneskin», buena elección para desayunar. —No iba a discutir los gustos musicales de la abuela. En un momento apareció Basilio con una camarera llena de jarras con zumo, leche, agua...

—Siéntate, cariño. Desayuna con nosotras.

—¿Ya no disimuláis? —quiso averiguar Daniela. Se levantó a por un poco de pan y tomate. Llenó tres tazas con café y las depositó en la mesa.

—No es necesario —contestó Basilio, mientras servía leche en la taza de Margarita.

—Sí lo es. Es necesario que Daniela sepa que nos hemos casado.

—¿Y no me habéis invitado? Deberíais haberme dicho también, que Iván era de los nuestros. Más que nada porque me hubiera sentido un poquitín mejor, sin vivir al borde del infarto — Daniela pensó que no merecía la pena enfadarse por aquello. A fin de cuentas, que hubieran disimulado delante de ella durante tantos años, le era indiferente. Incluso cuando vivía su abuelo, ella sabía que Basilio y la yaya estaban juntos. Lo de Iván... Bueno aquello podía tener un pase.

—Pensé que no lo aprobarías. —Margarita le robó un trozo de pan con tomate a Basilio y se lo llevó a la boca.

—Yaya, por favor... Siempre te importó una mierda la opinión de la gente.

—Estamos en la mesa. No seas maleducada, cuida esa boca.

—¿Qué querías decirme ayer? —preguntó Daniela.

—Enciende la televisión, Basilio, por favor, y apaga la música.

—Es verdad, ya es la hora. —El hombre acercó el mando a distancia a su mujer y esta apretó un botón de un canal de noticias.

—Si vais a ver la tele, me vuelvo a mi habitación, tengo que hacer las maletas —interrumpió Daniela.

—Te interesa echar una ojeadita y escuchar lo que tiene que decir este señor tan simpático, nunca me acuerdo cómo se llama...

—Riqueras, cariño se llama Pedro Riqueras —intervino Basilio. Tomó la mano de Margarita y depositó un dulce beso

—«Buenos días. La Interpol ha dado un golpe significativo contra el crimen organizado al arrestar al conocido mafioso, Carlo Conti, y a su esposa, Martina, involucrados en el robo de un magnífico tesoro. Dicho tesoro incluye gran cantidad de joyas, obras de arte, piezas y documentos de incalculable valor.

Las autoridades creen que esta colección había sido escondida por los nazis entre 1941 y 1945 en una mina al sur de Polonia.

El arresto se ha llevado a cabo después de una operación encubierta que ha durado varios

meses y que involucró a agencias de seguridad de varios países. La pareja arrestada se enfrenta a múltiples cargos, incluyendo contrabando y posesión de armas... Así mismo se ha incautado en uno de sus barcos casi media tonelada de cocaína...

Este hallazgo no solo representa un triunfo contra el crimen organizado, sino también una recuperación significativa del patrimonio cultural perdido durante la Segunda Guerra Mundial».

—Suficiente, amor —concluyó Margarita. Basilio apagó la tele.

—¡Joooderrrr! —Fue lo único que salió de la boca de Daniela.

—Te he dicho mil veces que cuides tu vocabulario, Dani... Puedes estar tranquila. Hemos colaborado con las autoridades...

—Eres una *crack*, mi amor. —Basilio no pudo reprimirse y besó apasionadamente en la boca a su mujer.

—Gracias, cariño.

—Y, ¿entonces? —Daniela seguía con la boca abierta.

—Iván forma parte de todo esto. Pero necesita estar solo.

—¡Dios! —La yaya por fin le había dado una gran noticia.

—Volverá, Dani. Solo dale un poco de tiempo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

LA EXPOSICIÓN

En la maravillosa sala 5A las luces cuidadosamente colocadas realzaban cada trazo de *El sátiro*.

El cuadro había sido restaurado con la participación de Daniela. Estaba orgullosa de su trabajo.

A la presentación no habían acudido ni la yaya ni Basilio. Recordaba el anonimato que había exigido la yaya a cambio de la cesión de la obra.

Así que después de cinco meses de trabajo intenso allí se encontraba ella, saludando a numerosas personalidades con una sonrisa perpetua en su rostro. Le dolía la mandíbula. Estaba harta de fingir una alegría que no sentía. Por lo menos no al cien por cien.

El murmullo de los asistentes mezclado con lo que se suponía que era un suave susurro de la música clásica solo le estaba proporcionando una migraña espantosa.

Así que se disculpó ante unas cuantas personas que se habían acercado a ella para felicitarla por su trabajo y se dirigió hacia la salida. Se estaba escaqueando con toda la jeta. En el camino, su mirada se detuvo en una figura al otro lado de la sala.

Era un hombre que examinaba atentamente uno de los cuadros. Cuando se giró, Daniela se quedó petrificada. Era Iván.

La mirada felina, los ojos rasgados... No había duda. Él se acercó lentamente. Su sonrisa era maravillosa. Llevaba una chaqueta azul marino y unos vaqueros.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo ella con voz suave con un tono que denotaba un gran nerviosismo.

—No podía perderme esto —respondió el, con una sonrisa. Sus ojos no se apartaban de los de ella, llenos de una mezcla de admiración y amor.

Se quedaron en silencio por un momento. Finalmente ella dijo:

—Has tardado mucho en regresar. Te estaba esperando —Él asintió con la cabeza modestamente, sus ojos brillaban con una emoción genuina.

—Margarita me suplicó que no me pusiera en contacto contigo hasta que no saliera la sentencia de Carlo... Podría ser peligroso para ti. Me moría de ganas de verte.

—Demasiado sobreprotectora para mi gusto... Necesito que...

—¿Te bese? —Daniela se aferró a su cuerpo. Era maravilloso saber que él estaba loco por ella... El beso fue suave, intenso después y apasionado siempre.

—¡Oh, Dios! ¡He soñado con este momento desde que te fuiste!

—Espera. —Iván tocó el brazo de la mujer. Daniela se quedó paralizada. No quería moverse. Sintió la mano del hombre acariciar su cuello, deshacer el moño que tanto tiempo le había costado hacer...

—¿Qué haces?

—Todo este tiempo te he imaginado con el pelo suelto. —La acercó hasta él y continuó besándola.

EPÍLOGO

Margarita y Basilio estaban haciendo un castillo de arena en la playa. Jugaban con una niña de ojos azules y rasgados.

—¿Has visto el churrito de arena que ha hecho con esas manitas? —preguntó Margarita a Basilio.

—Será una escultora maravillosa, amor. —Basilio cogió el cubo de plástico y fue en busca de más agua.

—¡Bisabuela! ¡Quién te lo iba a decir, *nonna*! —Iván estaba untando crema solar en la espalda de Daniela.

—Ya sabía que ibais a formar una pareja perfecta.

—Nunca te perdonaré que no me dijeras que Iván siempre estuvo en nuestro equipo, yaya. —Daniela gimió. El masaje que le estaba dando su marido la molaba un montón...

—Merece la pena que a veces callemos las cosas, Dani. Luego se disfrutan el doble. —Margarita cogió en brazos a la nena y la llenó el cuerpecito de besos. La cría no paraba de reír.

—Pásame a la niña. —Era Basilio que había vuelto con el cubo de agua. Se sentó en la hamaca con la nena y comenzó a hacerle arrumacos.

—Iván, tenemos que hablar. Estoy interesada en un cuadro que ha aparecido en un diván y creen que es de Caravaggio...

—¡Ni hablar, yaya! —Daniela se levantó de golpe y tomó a Iván de la mano.

—Pero ¡si no he dicho nada!

—Te conozco. Y no me hace ni puta gracia. —Arrastró a Iván y se alejaron corriendo por la playa haciendo cabriolas.

Iván cogió en brazos a Daniela, la besó y la tiró al agua.

Margarita miró sonriente a la pareja. Aquello sí que era felicidad. Tenía todo lo que podía esperar.

Sin embargo, aquel cuadro... Se llevó un dedo a la boca. Se mordió la uña. Justo en ese momento, Iván apareció en la orilla.

El hombre levantó el dedo pulgar en señal de aprobación, sonrió y le guiñó un ojo... Volvió a lanzarse al agua.

Margarita rio. Ahora sí que la felicidad para ella fue completa.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias por leer esta pequeña historia sobre el amor... A veces este puede llegar a través de una persona que en principio nos puede parecer anodina y pusilánime. Prejuizar no siempre es bueno. Eso le pasaba a nuestra protagonista, Daniela. Iván tuvo el coraje de esperar a que comprendiera sus motivos... Y surgió la chispa de la felicidad.

Si te ha gustado esta historia de sentimientos encontrados y risas, aliñada con un poquito de misterio y otra pizca de tesoros ocultos, me encantaría que dejaras tu opinión, que es muy importante para mí en:

<http://www.amazon.es/>

MIS OTRAS NOVELAS

COMO VICTORYA SERRADA

Entre pétalos y sueños
Te odio con todos mis gigas

COMO MARIE XIMENA

Como perfume derramado
La papisa
Sirena, cuento de Navidad
Mariela, mi amor
Soy lo prohibido
La sartén por el mango
¿Me recuerdas?
¡Divino!

MIS REDES SOCIALES

Facebook

<https://www.facebook.com/ximena.dupuisfontenebleau>

Instagram

https://www.instagram.com/victorya_serrada_autora/